

# Desde el umbral del tiempo

Carlos Szwarcer



# **Desde el umbral del tiempo**

Carlos Szwarczer

# Dedicatorias

A mi hija Mariana Inés.

A familiares y amigos que me apoyaron en este nuevo emprendimiento cultural.

A todos aquellos que me brindaron sus testimonios y anécdotas enriqueciendo el contenido de este libro.

A la vida, por los tiempos felices y las adversidades que me fortalecieron.

In memoriam de mis amados padres Naum (Nusi) y Reina.

In memoriam de mis queridos abuelos Gedal, Ite Menie, Rafael y Leonie (Luna).

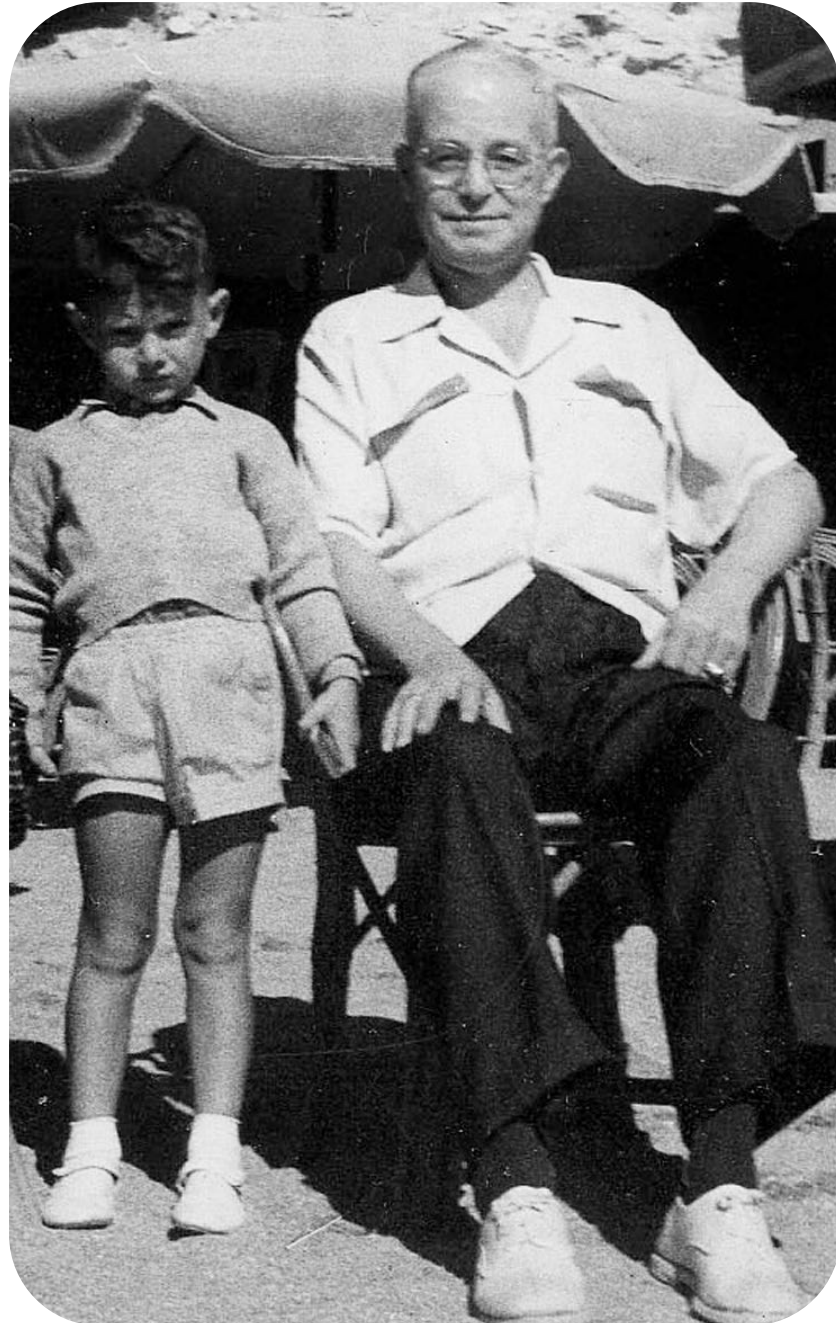
In memoriam de Lily Sosa de Newton y Marta Inés López Marambio, quienes me alentaron desde mis comienzos en la narrativa y que, de algún modo, siguen inspirándome.

“Alguien dijo una vez que yo me fui de mi barrio.  
¿Cuándo? ¿Pero cuándo? Si siempre estoy llegando”.

*Anibal Troilo*

## Índice

Introducción	9
<i>Cuentos y relatos</i>	
Mi barco	11
La mesa de mis abuelos	13
Del patio al universo	17
La hermandad del pucho	21
Los boios de Simbul	25
La puerta verde	29
Leche de cabra	45
La fogata de San Pedro y San Pablo	49
Hechizo sefaradí	53
Mi bicicleta de latón celeste	57
El grito del difunto	63
La casa eterna	69
Siete gatos	75
La feria	85
Caminata otoñal	89
Mi tío, el fútbol y los ravioles azulgranas	97
El despertar de los instintos	101
El reloj de esfera celeste	105
Glosario	109



El autor del libro con su abuelo en Mar del Plata (Archivo Carlos Szwarczer)

## Introducción

En *“Desde el umbral del tiempo”* se despliegan emotivas vivencias narradas en dieciocho relatos y cuentos breves publicados en revistas especializadas de Argentina y el exterior. Basados en hechos reales, los textos se nutren de dos fuentes fundamentales: acontecimientos autobiográficos del autor y testimonios de tres generaciones de “vecinos” de su ciudad natal, Buenos Aires.

Un hilo conductor nos guía por las entrañas de una época cuyos personajes reflejan el cosmopolitismo de la gran urbe. La vida cotidiana barrial de la segunda mitad del siglo XX discurre entre las colectividades típicas de la diversidad porteña. Recuerdos de niñez y juventud recrean el tono de la vida; aromas, sabores y colores nos introducen en las historias del ámbito familiar que reviven en coloridas pinceladas del sugestivo anecdotario testimonial.

Y el carrusel del tiempo gira sobre la identidad y las tradiciones, la amistad, los amores y desamores; en tanto, una mirada profunda sobrevuela desde la infancia a la vejez, revelando sutiles y contradictorios vínculos que anudan la relación entre hijos, padres y abuelos, en una pintoresca mezcla de culturas integrada por españoles, italianos, árabes, judíos, griegos o armenios. Por momentos una luz intensa alumbró el universo “sefardí” (judeoespañol), del cual el autor desciende por vía materna.

Las narraciones fluyen atravesando lo más entrañable y sensible del espíritu, garantizan emoción e identificación con tramas y personajes que en esencia trascienden el tiempo y el espacio. Toca al lector hacer suyas estas historias, en las que acaso encuentren fragmentos de su propia memoria.

## **Mi barco**

¡Ah, los aromas que nos remiten a la infancia!: el de la lluvia, el de la tierra mojada, el de las flores en primavera, y los frutos redondos que caían de las dos filas de plátanos alfombrando de verde las baldosas ocres de nuestras veredas. Un mundo perfumado por la naturaleza y embellecido con mágicos colores. *¡Sí, puedo observarlo ahora mismo mientras cierro los ojos!* Hasta el gris plomizo era hermoso cuando entre las hojas verdes de los árboles se preanunciaba la tormenta. El viento y después el aguacero refrescaban el aire, amainaba la llovizna y todo volvía al comienzo, desaparecían los paraguas negros y la gente retornaba a la calle.

¡Sí, puedo verme, sentado en el umbral, mientras el rumor del agua que corre paralela al cordón me atrae! Sobre una baldosa hay un trozo de papel húmedo y estrujado; lo aliso y armo un barquito. Lo apoyo sobre la corriente, que lo mece violentamente, como en medio de una tempestad. Mi calle Padilla se inclina a favor de la corriente, hacia Acevedo; yo lo acompaño, solidario, corriendo a su lado por el cordón. Llegamos a la esquina donde el cruce de las aguas forma un maldito remolino y la boca de tormenta todo se lo traga. Mi navío parece zozobrar. Parado desde la vereda le clavo los ojos. Quiero alentarlo, le tengo fe. Le grito: “¡Vos podés!”. Un mazacote de hojas enlodadas lo está hundiendo. ¡Está todo perdido! Pero, un metro adelante, increíble, reaparece, casi como un milagro, libre y gallardo continúa su travesía, su destino. Respiro profundo el olor a lluvia recién caída. Levanto la vista: el arcoíris, mientras vuelvo a casa con el deber cumplido. Un recuerdo de la niñez que parece una metáfora de mi vida.



Barquito de papel. Anónimo.



Reunión familiar década del '60. (Archivo Carlos Szwarczer)

## La mesa de mis abuelos

Vivíamos en el corazón de Villa Crespo, un barrio del centro geográfico de la ciudad de Buenos Aires. Allí comenzaba mi infancia y los primeros pasos de mi largo camino en el intento de abordar misterios insondables que aún no sé si alcancé a comprender.

Crecí con un fuerte concepto de familia, que se afirmó en las reuniones de la calle Vera 954, la casa de mis abuelos maternos Alboger-Benghiat, *sefaradíes*<sup>1</sup> nacidos en Izmir a principios del siglo pasado y llegados a la Argentina en los años 20. En la gran mesa de su comedor, los platos siempre desbordantes, las risas contagiosas hasta el llanto de alegría, los ruidos de las copas de cristal que en cada brindis sonaban como agudas y finas campanadas. Y el primer *lejaim*<sup>2</sup> de mi abuelo Alejandro, que repetíamos en un eco interminable como entrando en un trance colectivo. Allí estábamos todos. El vigor de la prosapia y la efervescencia de la prole discurrían como en un sueño diáfano. Hubo un tiempo en que esto fue más o menos así aunque parezca un cuento.

Sin embargo, esos dorados encuentros, esas magníficas veladas con mis abuelos, padres, tíos, hermanas y primos, me generaban un doble sentimiento, el de felicidad indescriptible y el de aflicción casi masoquista. La alegría inmensa de compartir, pero también la percepción de que mis mayores, con absoluta seguridad, algún día no estarían, y entonces... la tristeza. Pero el instinto de conservación, que

<sup>1</sup> Judíos que descienden de aquellos que habitaban en la Península Ibérica hasta su expulsión a fines del siglo XV, y que se ubicaron en el Mediterráneo occidental. Su habla es el judeo-español. Por extensión también se denominan sefaradíes a las comunidades judías orientales heredadas de similares contenidos culturales aunque con frecuencia su lengua es el árabe.

<sup>2</sup> Del hebreo: brindis por la vida. Salud

no es tonto, hizo pesar más en la balanza el regocijo de ver la parentela bulliciosa, presente y rozagante.

Y de todas las fiestas celebradas en ese espacioso comedor espejado, fue *Pesaj*<sup>3</sup> la que dejó en mí la huella más profunda. Desde chico, algo simple y contundente me marcó en cada conmemoración: el significado de *libertad* que emanaba de su historia. Trascendió más allá de lo religioso, de la tradición o de lo simbólico, y cada año fue adquiriendo mayor dimensión.

Me aferro frecuentemente a la imagen de una familia que se encuentra en algún lugar de la memoria que hoy me parece paradisíaco; eran grandes momentos iluminados por la felicidad.

Pasaron entremezclados en un carrusel interminable los *Rosh Hashaná*<sup>4</sup>, las Navidades, el *Bar Mitzvá*<sup>5</sup> los Años Nuevos, los cumpleaños o las Siete Candelas<sup>6</sup>, pero además, irremediablemente, los *Midrash*<sup>7</sup>, los *Kadish*<sup>8</sup> y los entierros, mientras deshojábamos los fugaces calendarios, dagas del destino.

En la casa de mis abuelos, donde transcurrió mi infancia y parte de mi adolescencia, había un comedor de mosaicos jaspeados y amplios ventanales, en el centro la enorme mesa de madera labrada y lustrosa, en torno a la cual, en *Pesaj*, inauguré mi reflexión sobre los vastos dominios de la *libertad*. Los tiempos pasaron y mis tempranos presagios sobre las inevitables ausencias de mis seres más queridos se fueron cumpliendo inexorablemente. Sin embargo, tras el dolor por los que se iban, se agigantaba en mí, como por mandato divino, el recuerdo de los jubilosos tiempos idos y la certeza de que luchando por un presente digno y en libertad ayudaría a que el mundo fuera mejor para las generaciones venideras, para nuestros hijos.

Tal vez una de las más bellas consecuencias de *Pesaj* sea que a través de sus festejos comencé a entender algo sobre el sentido de la vida. Después me dedicaría a la solitaria indagación sobre mis orígenes y a consolidar una profunda vocación por la Historia. *Pesaj*, al fin, me dejó la *libertad* como principio y la *responsabilidad*

como modo de vida. Sirva este recuerdo en honor a las familias y sus encuentros, y a ciertas festividades que ayudan a vislumbrar las complejidades de nuestra existencia.

---

3 Festividad judía que recuerda la liberación del pueblo hebreo tras su larga esclavitud en Egipto. Es característica su evocación con el encuentro familiar en una importante cena.

4 Festividad del año nuevo judío.

5 Ceremonia religiosa en la que el joven a los trece años asume los derechos y obligaciones, la madurez religiosa y legal (del hebreo). Fiesta familiar.

6 La ceremonia conocida entre los sefardíes como “Siete Candelas” se celebra unos días después del nacimiento de una niña, o cuando ella cumple un año. Como parte del ritual se prenden siete velas.

7 Ceremonia realizada en el aniversario del fallecimiento de un pariente.

8 Rezo a Dios. En la tradición judeo-española, cuando acontece la muerte de un familiar, es una oración a modo de plegaria que también es leída durante el *Midrash*.



## Del patio al universo

El sopor de algunas tardes me hacía devanar los sesos pensando en qué podía gastar mi tiempo ocioso. Solía encontrar ocupaciones bastante útiles al vecindario. Por ejemplo, cortaba un pedazo de elástico, al que blandía como instrumento letal, que me convertía en un justiciero cazador de molestas moscas. Silente, me acercaba a ellas destrozándolas con morbosos placer infantil contra las paredes, las macetas, el mármol de la mesada y el piletón de doña Dora.

Cruzaba ese patio y luego el zaguán que me llevaba directo a la calle Padilla, donde comenzaba el ritual de los juegos con mis amigos de aventuras: Jaime, José, Enrique, Simón, el flaco Toriani, Beto, “el Rulo”, Dumí, Salo, “Pichón” y tantos otros. Parecíamos un grupo de energúmenos poseídos detrás de una rotosa pelota, jugando a nuestro deporte favorito: el fútbol. Las figuritas, las bolitas, el balero, las escondidas, los primeros equilibrios con la bicicleta y numerosos entretenimientos formaron parte de una época en la que la diversión era más simple y las voces del barrio también eran distintas, universales. Tiempos en que casi todos nuestros padres eran argentinos, pero la mayoría de nuestros abuelos habían llegado de todos los lugares. Por eso, cuando nos llamaban los vecinos, escuchábamos: “nene”, “pibe”, “íngale”, “ragazzo”, “chaval”, “manzebiko”...<sup>9</sup>

Algunos días, a la hora del crepúsculo, me sorprendían preguntas profundas; entonces dejaba mi rol de niño juguetón, travieso, asesino de incautos insectos. Eran los años de la Guerra Fría, en los que se hablaba de “espías”, de “Vietnam”, de un “muro” levantado en Berlín y de “la carrera del espacio”. Dibujaba naves espaciales de todo tipo en mi cuaderno borrador de hojas cuadrículadas, y en aquellos

<sup>9</sup> Niño. *Íngale* (en idish), *ragazzo* (en italiano), *manzebiko* (en djudezmo-judeo-español).



Patio de conventillo. AGN Inv. 332976

atardeceres rutilantes miraba absorto el cielo y el centelleo de las estrellas; filosofaba con don León, mi vecino *esmirli*<sup>10</sup> en el gran patio común del inquilinato<sup>11</sup>. Discurríamos sobre la belleza de la esfera celeste, especulábamos con la posible existencia de *marcianos* que, tal vez, habitaran en un *universo* tan vasto.

Un chico inquieto jugando a veces, inconscientemente, con la vida de pequeños seres de la naturaleza, abierto al asombro o escrutando las alturas; era el preludio de mi desvelo por lo desconocido, la inclinación hacia la indagación, las preguntas sobre la vida y la muerte, el interés por comprender el complejo y contradictorio presente, tan perpetuo como efímero, mi obsesión por el pasado, y la incertidumbre sobre un futuro que, por aquellos días, me parecía tan enorme y lejano.



---

10 Natural de Esmirna (Izmir, Turquía).

11 Tipo de vivienda en la que generalmente vivieron muchos inmigrantes. Predio amplio y antiguo, cuyas habitaciones se alquilaban a varias familias. Conventillo. Casa de vecindad.



Tiempo de fumadores. Foto Isidoro Rubini, Fundación Archivo Abril, 1968.

## La hermandad del pucho

Pasaban las horas, se sucedían los días y lentamente nuestros juegos inocentes comenzaban a mezclarse con el interés por lo desconocido y *las cosas de grandes*.

La casa de Jaime quedaba a nuestra merced cuando sus padres salían, entonces las transgresiones asomaban empujadas por nuestras *curiosidades*. En nuestro grupo la lógica era *participar* para *pertenecer*: a veces nos encontrábamos en un límite que nos hacía dudar sobre la actitud que debíamos asumir ante lo vedado; sin embargo, nunca cruzábamos la línea que nos llevara a un verdadero abismo. Cierta es también que lo prohibido tenía una fuerte carga de excitación, por eso es que intercalábamos entre los típicos juegos de nuestra edad un vicio precozmente aprendido. Existió entre nosotros la secreta “Hermandad del *Pucho*<sup>12</sup>”: fumábamos Saratoga de marquilla verde. Yo tenía apenas nueve años y por el momento evitaba tragar el humo de esos cigarrillos cortos con filtro.

Me inicié en las artes del *faso*<sup>13</sup> una mañana de invierno, de aquellas en la que el intenso frío nos sacaba bocanadas de humo aunque no estuviéramos fumando. Nos encontrábamos en un baldío de Padilla y Canning con algunos de los *veteranos*, que no tenían más de trece o catorce años. Detrás de la puerta de chapa abollada y oxidada, entre los yuyos, recuerdo que hicimos un semicírculo, y recibimos de esos *viejos brujos de la tribu* los cigarrillos que ansiosa y pecaminosamente encendimos con fósforos de cera Ranchera. *Pitamos*<sup>14</sup> por primera vez en esa secreta ceremonia que años después repetiríamos en los más diversos círculos sociales.

12 Pucho: Del lunfardo. Palabra que define al cigarrillo entero, a medio fumar, o fumado casi hasta la colilla.

13 Sinónimo de cigarrillo.

14 Pitar: fumar.

También había una absurda necesidad de divertirse a costa de un principiante. Elegíamos un *nuevo hermano* al que le entregábamos un cigarrillo cuidadosamente seleccionado para un *cbasco*. El sistema era antiguo y tan sencillo como eficaz: comprábamos unas semillitas especiales en la casa de cotillón, colocábamos una de ellas más o menos a un centímetro dentro del cilindro de tabaco y el desprevenido *iniciado* debutaba con el estupor de fumar un cigarrillo explosivo, al tiempo que estallábamos en carcajadas. Nos creíamos los Al Capone porteños. Del tiempo fluyen recuerdos como esta diversión, una tonta confabulación, una de tantas ceremonias juveniles que nos hacen un guiño cómplice desde el pasado.





Épocas de tranvías. AGN, 1948.

## Los boios de Simbul

Simbul, mujer pequeña y esmirriada, ese invierno arrastraba minuciosamente sus setenta y tantos años por las gastadas y frías baldosas del inquilinato. Había nacido en Izmir, la antiquísima ciudad del Asia Menor. Los avatares de la vida la habían traído a Buenos Aires cuando era una hermosa joven de veinte.

El tiempo no pasa en vano solía pensar cada mañana. “¿Adió, adió Kualo es esto?”, se decía en tanto observaba la imagen borrosa que le devolvía el espejo redondo de la pared descascarada del patio. Apretaba su rodete canoso y aquel rostro arrugado como un pergamino milenario gesticulaba resignación en un rictus lúgubre, cotidiano.

El ruido metálico y estridente de los frenos del tranvía 89 le avisaba la llegada de *Musbiko*, su sobrino, que dejaba estacionada unos pocos minutos la mole repleta de gente frente a la casa de su tía. Ella le tenía preparado su desayuno *express*, criollo-sefaradí: el infaltable mate amargo acompañado de un par de *mulupitas*. La anciana le espetaba un cariñoso “*meoio que te mande el Dió*”<sup>15</sup>, creyendo liberarse de su complicidad con la supina irresponsabilidad laboral de su pariente.

Luego de aquella súplica salvífica, *Musbiko*, con la última chupada de bombilla, media *mulupita* en la mano y la otra mitad mascándola todavía, le contestaba: “*saludosa que estás, tía*”. Y un tanto agitado bajaba de a tres peldaños la escalera medio desvencijada cuando le llegaba el lejano “*berajá i salú*”<sup>16</sup> de la añosa mujer apoyada en la baranda.

Los tres a cuatro minutos de protestas y gritos de los perjudicados pasajeros se acallaban cuando el insensato *motorman* ponía en marcha otra vez el vehícu-

15 Inteligencia, cerebro te envíe Dios.

16 Bendición para las comidas.

lo. En tanto terminaba de comer displicentemente los restos de la galletita, recibía de los pasajeros los últimos “atorrante”, “*mascalzone*”, “papanata” o “*Aide... masalbasbo... que te vó a dar un shamár*”<sup>17</sup>.

Las tres hijas de Simbul se casaron, su marido había tenido una muerte absurda y su sobrino sentó cabeza al formar pareja y trasladarse a Montevideo. Vivía sola y cada tanto, cuando la artritis se lo permitía, se entretenía haciendo alguna comida sefaradí que yo de pequeño alcancé a degustar. Sus *boios*<sup>18</sup> habían sido célebres, y una tarde le aseguré: “¡Boios como los tuyos, tía Simbul, no hay ni habrá!”. Su rostro se transformó. Esa mujer sí que supo del arte culinario. Como buena *dyudía* había aprendido puntillosamente las recetas ancestrales que por décadas agradaron a su familia.

Un día, detrás de una puerta, escuché que esta lejana pariente, a la que yo llamaba “tía”, había logrado casar a una de sus hijas gracias a una “poción” que le hizo tomar al desprevenido novio y que, además, curaba ciertas enfermedades con cenizas de muertos mezclándolas en comidas o bebidas. Quedé perplejo y con cierta aprehensión por aquella escuálida figura que en sus últimos años vestía de negro absoluto. Juré no comer más, por las dudas, ninguna de sus exquisiteces.

Hacía mucho tiempo que no veía a mi entrañable tía Simbul, pero una tarde desde el local donde yo trabajaba, súbitamente escucho un tenue pregón que llegaba desde la calle; la voz añeja y apagada repetía con insistencia y cada vez más cerca: “*¡Aquí traje los boicos para Carlicos...! ¡boicos para Carlicos...!*”.

Tragué saliva y salí a la vereda. Vi a la pobre vieja lánguida, medio extenuada. Había llegado caminando, o más bien arrastrando su ligera humanidad las cuatro largas e interminables cuerdas que separaban su casa de mi trabajo. Dejé mis estúpidos escrúpulos de lado invadido por un halo de ternura. Sabía que hacía muchísimo que no cocinaba casi nada, que apenas si calentaba algunas simplezas para mantener su frágil cuerpo en pie y casi no salía a la calle. ¿Qué le ocurrió ese día? Me sonrió y me miró a los ojos como nunca antes. Creí, convencido, que su presencia tenía un profundo significado, y no me equivocaba. Levantó el plato con tres boios de verdura tapados con una servilleta anudada y me lo dio como quien entrega algo muy preciado diciéndome a media voz: “*¡Carlicos... los boicos!* Apenas pude responderle “¡Gracias, tía!”. Le di un beso en su mejilla magra y ahuecada y acaricié unos instantes

su canoso rodete. Me sonrió y fue desandando el camino mientras repetía “*¡Berajá y salú!*”. Compartí los boios con mi padre y me quedé frente al plato de loza vacío pensando tantas cosas. Pocos días después me enteré que la tía Simbul había pasado serenamente a mejor vida.

Somos apenas un soplo entre costumbres, tradiciones, verdades, mentiras, razones y supersticiones. Siempre recordaré el último gesto que tuvo hacia mí la tía Simbul. Matrona sefaradí. *Muyer* que comenzó sus días en la Izmir de fines del siglo XIX pero que en realidad tenía quince, veinte siglos o más. Es que en ella estaban sus ancestros de Sefarad<sup>19</sup>. La tradición nos lleva tan lejos en el tiempo. Y Simbul pervive en la memoria.

Tarde pero seguro uno comprende que sus *boios*, *mulupitas* o *trabados* eran sólo una excusa para reunir a la familia a través de las texturas, gustos y olores de aquellos manjares orientales fatigosamente elaborados, para complacer, para mimar, para festejar la vida. Aún hoy, cada vez que saboreo un boio de verdura evoco con especial cariño a mi dulce, querida y sorprendente tía Simbul.

<sup>17</sup> *Mascalzone*: insulto en italiano. *Masalbasbo*: mal hombre, de baja estofa. *Shamar*: cachetazo, golpe.

<sup>18</sup> Comida. Especie de empanada redonda de hojaldre, rellena indistintamente de verdura, queso, berenjena, etc.

<sup>19</sup> Nombre hebreo de la Península Ibérica.



Escalera de inquilinato que lleva a un cuarto (Archivo Carlos Szwarczer)

## La puerta verde

Recuerdo que el fallecimiento de mi abuela paterna precipitó nuestra mudanza a la casa en la que ella había vivido sus últimos años. Pese a mi timidez, a poco de haber llegado al inquilinato de la arbolada calle Padilla, en Villa Crespo, me fui relacionando natural y afectuosamente con los nuevos vecinos. Don Tomás, un italiano de piel cobriza muy curtida, me cayó bien de entrada. Tenía aspecto de viejo marinero, pero resultó no gustarle el mar, y menos aún la pesca, a la que encontraba totalmente aburrida: “Horas y horas con una caña no es para mí”, decía. Su habitación daba frente a la escalera. Allá, en lo alto, en la cumbre, asomaba la piccita que por un tiempo creí deshabitada. Por su puerta ajada de color verde claro y picaporte oxidado parecía no haber pasado nadie en los últimos cincuenta años. Las mañanas en las que el sol inundaba la azotea, la luz lamía sus cuatro vidrios sucios y, sólo entonces, atravesando la grasa y el hollín, se podía distinguir con cierto esfuerzo la cortina descolorida: un pedazo de trapo deshilachado, sucio y amarillento que impedía cualquier intento de inspección del misterioso interior.

Rápidamente comencé a preguntarme qué ocultaba ese sitio tan abandonado al que sistemática y compulsivamente yo le echaba una mirada antes de abrir el portón de chapa que me conectaba con el angosto corredor, ese que me llevaba al patio grande del conventillo repleto de macetas. A final del recorrido —siempre en penumbra— el zaguán me dejaba en la calle.

Corrían los últimos días de junio y esos inviernos sí que eran muy fríos. Volví del colegio tiritando pero contento, con mis mejillas casi violetas, metido dentro de mi *Montgomery* a cuadros; unos guantes tejidos de lana gris evitaban que se me pasaran las manos. Pensaba que el tiempo pasaba más rápido con mi costumbre de salmodiar el abecedario completo camino a casa. Llegué como siempre, repitiendo

ordenada y obsesivamente letra por letra, de la “a” a la “z”. Tomás me comentó que mi madre había salido de compras al mercadito y me ofreció un mate. No era una infusión que me agradara, incluso el mate cocido de la escuela me parecía un brebaje insoportable, pero para no desairarlo se lo acepté.

El calentador a kerosén Primus estaba apoyado sobre el banquito de madera y la base de la pava abollada descansaba sobre la llama azulada. “Tomá, pibe”, me convidó, con su inconfundible acento italiano. Compartí algunos mates fingiendo que me gustaban. Sus curiosas historias de guerra me fascinaban. Decía haber peleado contra los turcos en Libia y en la Isla de Rodas. Juraba haber matado a decenas de soldados, siempre con un certero tiro en medio de la frente del enemigo. Busqué el momento justo de una pausa y mientras se llevaba la bombilla a la boca, en un silencio abrupto de su monólogo, aproveché para preguntarle sobre mi abuela. Levantó la pava para cebar otro mate, dejó pasar unos segundos y me contó que la había conocido quince años atrás, a poco de haber muerto mi abuelo, que la necesidad económica la empujó a subalquilar una de las piezas —en la que se instaló él— y el *cuartito de arriba*.

Riéndose, comenzó a recordar anécdotas y a imitar a mi abuela chapuceando el castellano, entremezclando palabras en *idish*<sup>20</sup> y en italiano: “*Boinas, Tomás. ¿Dos días que no mansha? Está mishiguene. Venga que hice borsb*”<sup>21</sup>.

—Simpática y buena mujer tu abuela —me aseguró con melancolía.

Extendiéndome el mate enlozado, el *tano*<sup>22</sup> continuó recordando cómo el infortunio siguió acechando a mi *bobe*<sup>23</sup>, porque al poco tiempo de fallecer mi abuelo tuvo que soportar también la muerte de mi joven tío, el hermano de mi papá. Aunque el relato también lo había escuchado por boca de mis padres lo sentí diferente esa vez. Estuve atento a cada palabra de Tomás, que por fin volvería a mencionar el cuarto solitario.

—Entonces... tu *bobe*... —suspendió el relato un instante y echó un golpe de vista hacia lo alto—, por unos pesos dejó que se ocupara esa *piecita*...

Miré yo también hacia el final de la escalinata, pero nos distrajo un mo-

20 Idish: Habla de los judíos originarios de Europa Central y del Este. Lengua que combina dialectos alemanes con voces de origen eslavo y hebreo.

21 “*Dos días que no come, está loco, venga que hice borsb*”. *Mansha* (come: del italiano) / *Mishiguene* (loco: del Idish) / *Borsb*: comida típica de los judíos de Europa Central y del Este. Especie de sopa a base de remolachas, a veces con agregado de pimienta y carne.

22 En Argentina: italiano.

23 Abuela: del idish.

mento el canto sorpresivo del canario amarillo y medio desplumado. Su trinar dulce y monótono fue creciendo en intensidad, como si hubiese percibido la llegada de alguien; se movía rápidamente de uno a otro lado de la jaula colgada en la pared del patiecito.

—Lindo pajarraco... ¡cómo lo cuidaba tu *bobe*! —dijo Tomás.

—Está viejito, ¡pero cómo canta todavía! —contesté.

Cuando supuestamente se disponía a retomar el tema de la *piecita* llegó mi madre con dos bolsas, saludó al italiano y me dio un beso en la mejilla. Se interrumpió el diálogo y me tuve que ir a almorzar sin saber más sobre el desconocido *habitante de las alturas*.

Esa tarde crucé el gran patio, a la derecha descansaban apoyadas como siempre la veintena de coloridas macetas a lo largo de la extensa y descascarada pared, y a la izquierda se alineaban varias habitaciones, interrumpidas por pequeñas casillas de madera, remedo de cocinas que eran utilizadas por las familias del inquilinato. Me saludaron Víctor y María, dos de los hijos de una pareja separadí: vivían seis —pulcra y ordenadamente— en una sola habitación.

Al llegar a la calle observé que varios chicos acomodaban maderas para hacer fuego. Por entonces, en esa época del año, la gente del barrio se reunía para hacer una gran fogata. Mis ojos inquietos hurgaron entre las ramas de los árboles. Un cielo demasiado plomizo y el olor a lluvia anticipaban la tormenta y, quizás, el fracaso de la fiesta popular que se preparaba meticulosamente. Cayeron las primeras gotas...

Volví a ingresar al zaguán y corrí por el patio debajo del chaparrón. Me choqué con Tomás, que con cara de recién despierto de su siesta descolgaba una camisa de la soga para que no se le mojara. Lo saludé, ansioso por continuar la conversación del mediodía, y le pregunté:

—Eh, don Tomás, ¿al final me va a contar o no quién vive en el cuarto de arriba?

—*Ah ragazzo... certo...*

Tomás se tomó su tiempo. Se mojó el pelo entrecano con un hilo de agua que caía de la canilla de la pileta del patiecito, se peinó delante del espejo ovalado, y su longilínea figura se internó en la oscuridad de su habitación. Tardó varios minutos en reaparecer, como si hubiera olvidado nuestra charla.

—Oiga... ¿me va a contar o no? —insistí, pesadamente.

—Ya va. Ya va. ¡Qué impaciente! Esta juventud apurada... —protestó, mien-



tras tosía. Su voz con un tono áspero me hizo pensar que mi ansiedad comenzaba a molestarlo.

—Bueno. . . , creí que se había olvidado de mí. . . —me justificué.

Tomás salió con su banqueta, la dejó en el piso y apoyó en ella su trasero. Me señaló la escalera con un movimiento de mano, sin mediar palabra. Me senté en el primer escalón, apoyé los codos sobre mis rodillas, el mentón sobre mis nudillos y en la siguiente media hora —duro como una estaca— me enteré de algunos detalles de la vida de Manuel, el vecino de “las alturas”, el de “la piecita de arriba”.

El *tano* sí que tenía arte para contar historias. Me resultaban tan interesantes que las prefería más que los cuentos de mi madre o mi tía: su voz aguardentosa, sus ojos verdosos entreabiertos, y sobre todo sus silencios, instantes excelsos que expresaban más incertidumbre y sorpresas que las mismas palabras. Posiblemente sus relatos me entretenían porque en algún punto me parecían más creíbles que las hazañas de *Peter Pan* o *Sandokán*. Manuel sería aquella vez el protagonista. Había nacido en España allá por mil novecientos veintitantos. Era un mocoso cuando los falangistas invadieron su pueblito. Sacaron a varias familias de las casas. Buscaban, entre otros, a su padre, quien había sido militante de la Alianza Obrera. Tres golpes violentos sobre la puerta despabilaron a Manolito, que dormía junto a su madre y su hermano.

—Abran, mierda. Salgan de ahí. . . ratas inmundas —retumbó el grito siniestro.

Repitieron dos veces más la misma frase, en tanto Lola, desesperadamente, alcanzó a tomar a Leandro de la camisola. Manolito se soltó. Los golpes no alcanzaron a derribar la puerta. Enseguida un disparo de bayoneta logró volar la cerradura. Leandro trastabilló y llorando volvió a acercarse a su madre. Manuel corrió hacia uno de los ángulos del comedor, donde había un pequeño hueco tapado por una piedra caliza que daba a la parte de atrás de la casa. El hoyo recubierto era utilizado por los niños para entretenerse en las tardes de juegos y risas y le pareció el único lugar para escapar de ese infierno. Corrió de una vez el guijarro y se arrastró arañando la tierra, huyendo al exterior gateando por el diminuto túnel. Lo ensordeció un ruido seco y de inmediato sintió un ardor en la planta del pie derecho. Se levantó a los saltos, vio su sangre regando el suelo, y como pudo se internó en la tupida oscuridad de la arboleda que rodeaba la humilde vivienda.

Dos horas tardó en llegar a la casa de sus tíos, donde le hicieron las primeras curaciones en el pie deshecho por la bala. Aquella herida lo dejaría lisiado.

A partir de entonces caminó con un ligero vaivén que trataba de disimular lo mejor que podía. Por eso, andando el tiempo le pusieron por sobrenombre “el chueco”.

Por la mañana llegó la noticia de la muerte de su madre y su hermano. Les contaron que detonó una bomba mientras un grupo de legionarios los trasladaban a una base. Jamás supo con exactitud qué fue de su padre. Algunos rumores aldeanos lo ubicaban refugiado en Francia y otros lo daban por fusilado por tropas nacionalistas. Lo cierto es que perdió todo contacto con su progenitor. “El chueco” Manuel se fue convirtiendo en un muchacho triste y huraño. Meses después, partió con sus tíos maternos hacia América. Encontrándose el barco en su última escala, Montevideo, llegó la información de una huelga que afectaba también la actividad portuaria en Buenos Aires, lo que retrasó el tramo final del viaje. Sus tíos tuvieron la buena fortuna de conseguir trabajo en la “ciudad vieja” y no cruzaron el Río de la Plata: se afincaron para siempre en Uruguay. Un tiempo después, Manuel decidió alejarse de ellos y cruzó el río. No volvería a verlos.

—Hola Tomás —saludó mi padre al italiano—. Espero que el nene no lo esté fastidiando, ¿no? Tendría que estar estudiando —agregó, resoplando y con una mueca de desagrado.

—¡No, qué dice, el *ragazzo* es un santo! Estamos charlando, “sacándoles el cuero”<sup>24</sup> a los vecinos. Quédese tranquilo, me hace buena compañía.

Mi padre había llegado ni un minuto antes ni uno después de lo necesario, exactamente cuando “el tano” estaba por empezar a contarme sobre la vida del “chueco” Manuel en la Argentina. Pensé: “¡Será posible, siempre lo mismo, los padres interrumpen en el mejor momento!”. Me tomó de la mano, me pidió que saludara a Tomás, me llevó para el comedor y me ordenó:

—¡Estudiá!

Por lo menos había podido conocer parte de la intrigante historia del *hombre de la puerta verde*, esa de los vidrios roñosos del final de la escalera.

Recuerdo que un tiempo después, a comienzos de enero, mi tío Alberto entró al comedor cuando yo estaba tomando la leche chocolatada sobre la mesa de fórmica, y de pronto “sacó de la galera” un chiste que me hizo desternillar de la risa. Pocas veces lloré de tanto reírme, casi me sale la merienda por la nariz. Esa tarde calurosa y húmeda del cinco de enero, mi hermana Susy y yo estábamos nerviosos,

<sup>24</sup> Modismo que significa “despellejar”; hablar mal o denigrar a otra persona que no está presente. Criticar.

sabíamos que por la noche vendrían los Reyes Magos a regalarnos juguetes como cada año. Habíamos ubicado prolijamente las zapatillas en la puerta de nuestra habitación con una cartita pidiendo nuestros deseos. Ella solicitó una muñeca y un juego de maquillaje, jurando que nunca más haría renegar a mi madre y que a partir de ese momento sería más prolija. Yo rogué por una bicicleta. Mary, mi hermana menor, tenía unos meses, así que no podía elegir.

Los días anteriores mis padres intentaron convencerme de que mi pedido era desmesurado, cómo iba a pretender que los pobres reyes me obsequiaran algo tan costoso. Pero yo insistía con lo único que deseaba intensamente después de un año de aburrirme en el colegio. Anocheció y nos acostamos. Mi padre sospechosamente se ausentó diciéndonos que iba a comprar cigarrillos a la avenida. Me pareció algo extraño porque difícilmente salía a esa hora. Finalmente, el sueño nos venció.

Un ruido estrepitoso se escuchó en la noche cerrada. Pareció tan cerca como si algo serio hubiera ocurrido en nuestra propia puerta. Saltamos de la cama asustados en medio de la oscuridad, mientras papá se levantó, cruzó el comedor y ganó en un santiamén la ventana de nuestra habitación, espía por el vidrio conteniendo la respiración y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué pasa, papi? —pregunté preocupado, restregándome los ojos.

—No, nada... nada —respondió secamente—. ¡A la cama, vayan a la cama! —nos ordenó, mientras le noté una sonrisa contenida mientras resoplaba. Mi hermana Susy y yo no comprendíamos nada. Papá giró el picaporte y apresuradamente se fue al patiecito. Enseguida escuchamos un extraño diálogo, casi un murmullo. Miré a mi hermana y en voz baja le dije que seguro los Reyes Magos habían llegado. No había pasado un minuto que papá volvió a entrar y sin más trámite nos volvió a mandar a dormir. Susy lo miró, bostezó dos veces y se le cayeron los párpados al piso; parecía *la bella durmiente* con una inesperada y estúpida sonrisa a lo ancho de su rostro angelical. Apenas pegué los ojos en toda la noche y, aunque tuve intenciones de mirar por el vidrio de la puerta, no me atreví a desobedecer la orden de mi padre.

Unos años después nos enteramos de que esa noche de Reyes, Manuel, al volver de su trabajo a la madrugada, como todos los días, en medio de la oscuridad, se había llevado por delante nuestros regalos. Por suerte mi bicicleta celeste y demás juguetes habían sobrevivido milagrosamente a la violenta embestida del español que intentó —como cada noche— subir a tientas los escalones que lo llevaban hasta su secreta guarida. Pero por entonces Manuel era para mí una especie de fantasma al que por sus horarios nunca podía ver: se iba muy temprano y volvía muy tarde.

A mediados de febrero, una fuerte llovizna impidió que fuéramos a la pileta del club Atlanta, rutina que teníamos casi todos los días de vacaciones. Mi padre estaba en su trabajo y mi madre dormía la siesta con mis dos hermanas. La pieza de Tomás estaba cerrada. El aroma a lluvia me encantaba, la llovizna o las tormentas las relacionaba con aventuras, descubrimientos, y quise hacer aquella tarde distinta. Debajo de la garúa subí las escaleras despacio, silenciosamente. Ávido por husmear, al apoyarme en la puerta verde ésta se entreabrió liberando un inesperado sonido metálico. Las bisagras oxidadas me sobresaltaron y un olor acre, casi nauseabundo, me invadió. Quedé medio paralizado. Se me cortó el aire. Pasados unos segundos que me parecieron una eternidad, mi intención inicial de escudriñar el interior a través del vidrio se vio superada por la posibilidad de ingresar directamente a aquel recóndito espacio. Eché una mirada hacia atrás para cerciorarme de que no me hubiesen descubierto, e inmediatamente procuré llevarme al menos una imagen del lugar antes de salir corriendo... Sin embargo, la tentación fue más fuerte.

La escasa luminosidad de esa tarde tormentosa no me dejaba observar casi nada, entonces pasé mi brazo derecho hacia adentro tanteando el interruptor de luz, y al cabo de unos segundos di con él, pero no funcionaba. Empujé levemente la puerta... mis fantasías eran tales que el ligero crujido provocado por la reseca madera se asemejaba al de un sarcófago cerrado miles de años atrás. Penetró un haz de luz repentino en medio de la sombría opacidad; unos relámpagos iluminaron dos o tres segundos la pieza de Manuel. Alcancé a distinguir sobre el fondo oscuro los contornos de un catre y algo así como una repisa o mesa de luz. Aguzando la vista me acerqué a tientas a una pequeña caja de fósforos de cera, prendí la vela que estaba apoyada sobre lo que en realidad era un cajón de manzanas vacío, y el parpadeo de la débil llama me reveló la intimidad del recinto. Me sentí indecente, como robándole a alguien su privacidad. Especulé —con culpa— que no estaba bien lo que estaba haciendo, que mis padres no me habían enseñado eso... pero cada vez era más fuerte mi curiosidad...

Ante mí fueron apareciendo paredes descascaradas. Luego, la improvisada cama con el colchón bastante roto; una mesita cuadrada con un hule viejo y desteñido sobre el que se posaba un vaso con agua hasta la mitad, cercado por unas pocas migas de pan. Giré la vista a la izquierda y vi cantidades de periódicos atados, amarillentos y amontonados contra la pared. Varias hojas se hallaban dispersas y algunas, rotas. Levanté una de ellas; era de un viejo diario *Crítica*, en cuyas efemérides recordaba: “A dos décadas de la caída de Asturias ante el ejército franquista”.

Una crónica de horror y muertes. Varios recortes de diarios con fotos y caricaturas con la imagen del General Franco estaban cruzados invariablemente por trazos de tinta roja. Detrás de una de las pilas de las viejas publicaciones había un pequeño baúl. Tentado, lo abrí. Arriba había una foto de una pareja con dos niños. Decía al dorso: “1932. Nuestro viaje a Oviedo”. Seguidamente, una postal mostraba un gentío celebrando una fiesta: hombres con sombreros, mujeres con pañuelos en la cabeza y varios de ellos tocando gaitas de tres tubos y tamboriles. Luego encontré una hoja medio arrugada con dibujos y un croquis trazado con lápiz negro, una línea irregular tenía escrita sobre un punto “Villajimada”, al lado, entre paréntesis, decía “casa” y sobre otro punto, “Cangas del Narcea” y entre paréntesis: “tíos”. Encontré una breve carta de difícil lectura; estaba fechada en Montevideo y firmada, aclaraba debajo: “Tus queridos tíos, Milagros y Paco”.

Saqué la cabeza y miré hacia abajo, nadie en el horizonte, la escalera mojada, abajo el patio vacío y el perfecto compás de los gotones que caían de la canaleta a la chapa que cubría la pileta. Cuidadosamente entrecerré nuevamente la puerta verde y continué con mi requisa. Con dificultad fui leyendo la carta de la tía Milagros: le reprochaba a *Manolito* el abandono de su familia en Montevideo. Sentenciaba que de no volver pronto, mejor que se olvidara para siempre de ellos.

Me quedé pensativo. La llama amarillenta de la vela estaba por consumir el resto de cera, pronto quedaría nuevamente entre sombras. Revisé nervioso alrededor, para ver si encontraba otro cilindro para prender, y de sopetón escuché crujir la puerta que se entreabrió. “¡Dios mío!”, balbuceé angustiado. Los ojos claros y sorprendidos de Tomás me observaban fijo.

—¡Ah, *ragazzo*, era usted el del ruido! ¿Qué hace acá, mocoso?

—Nada, Tomás... nada —dije titubeando, y se me cayeron la carta y la foto al piso.

Otra vez en el patio, sentado en la banqueta destartada y temblando de miedo, le rogué a Tomás que no le contara nada a Manuel ni a mis padres y le juré que no había violentado la puerta, que se había abierto sola.

—¡Insólito, *bambino*! —masculló Tomás—. Él nunca deja la puerta abierta —agregó, mordiéndose los labios.

El *tano* me tranquilizó, empeñó su palabra: no le contaría a nadie lo ocurrido, pero me pidió que no lo volviera a hacer y me señaló que era muy grave entrar a un lugar sin permiso. Insistió en que no lograba entender cómo podía estar la puerta

sin llave. El caso es que mientras me fui serenando del *julepe*<sup>25</sup>, Tomás me contó que siempre cerraba la puerta con mucho cuidado al salir a trabajar a la pizzería.

—¿Qué pizzería? —le pregunté.

—Es lavacopas en una pizzería del barrio, la de al lado de la mueblería.

—¡Uy...! —exclamé boquiabierto—. Donde vamos a comer a veces con mis padres.

—¡Óyeme, *ragazzo*!, quédate sin averiguar más; los años te enseñarán que detrás de cada puerta hay una historia, pero que nadie tiene derecho de escarbar en las vidas sin permiso.

—¿Cómo? —lo interrumpí—. Usted, sí que se metió en la vida de Manuel... .

—¿Pero qué dices? —me increpó, molesto por mi insolencia.

—Sí, me contó su vida. Bueno... casi todo.

—¡Cuánto te falta conocer todavía! —dijo—. Sí, tuve la imprudencia de contactarte sobre él, pero te acabo de decir, una cosa es saber de la vida de alguien y otra muy distinta es arrebatarle entre sombras sus secretos.

—Don Tomás, yo no le arrebaté nada a nadie, estaba la puerta abierta. ¿Sabía usted que tiene muchos diarios viejos —le conté entusiasmado—, y que sus tíos no quieren verlo más? Hasta tiene guardada una foto... .

—¡Sí... sé eso y mucho más! —me replicó, con un dejo de amargura en su rostro.

Luego de mi incursión por la pieza de Manuel, lejos de quedar satisfecho, su historia incentivó más mi curiosidad. Le rogué a Tomás que me contara más del español, y que entonces no volvería a subir a aquella pieza.

Mi desfachatez dio resultado. Inesperadamente, el italiano me fue narrando cómo Manuel llegó sin dinero, sin nada a Buenos Aires. Cómo el destino lo puso en el camino de mi *bobe*, que le subalquiló el cuarto al *gallego*<sup>26</sup>, recomendado por otro paisano del inquilinato, confiando en la promesa de que apenas consiguiera trabajo estable le comenzaría a pagar la mensualidad. Nada se sabía de su vida anterior. Un día feriado se reunieron en el patio grande todos, para festejar ya no recordaba qué efemérides. Por primera vez —luego de mucho insistirle— Manuel aceptó compartir la cena y brindar con los demás. Aseguraba Tomás que nunca había tratado a alguien tan solitario y esquivo como él. Aquella noche de fiesta, entre comida y copas al asturiano se le fueron enrojeciendo los ojos y apenas el *tano* le preguntó

25 Susto o impresión repentina de miedo o pavor.

26 Gallego: en Argentina se lo utiliza popularmente como sinónimo de español.

de qué lugar de España venía, comenzó a relatarle su historia a media voz. Y bebía vino y sidra, y cuanto más bebía más exteriorizaba sus desventuras familiares, su más absoluta soledad, sus más sentidas pérdidas. Con la lengua medio trabada por los efectos del alcohol, pero afilada como una daga, le fue arrojando al oído las tremendas penas y amarguras de un hombre que de niño fue quebrado en dos: su *recordanza y tristura*<sup>27</sup>.

Su padre, un republicano que se vanagloriaba de haber participado en la Gran Huelga de 1917, fue un orgulloso de su tierra astur, la misma de Pelayo, aquel pionero de los inicios de la Reconquista de España a los moros. Con la Guerra Civil decidió participar y dejó a su esposa y sus dos hijos. *La causa* fue más importante para él que su propio hogar, que su familia, y los dejó jurándoles que volvería con una España sin franquistas. La única foto que conservaba Manuel de su familia era la del día que con sus padres y hermano visitó Oviedo. Estaban sonrientes y orgullosos frente al milenar Palacio del Naranco. Había sido todo un acontecimiento ir a la ciudad, gente humilde como ellos llegando desde 50 kilómetros; casi nunca salían de su aldea sino apenas unas horas para visitar de vez en cuando a sus tíos a unas pocas cuadras.

Aquella foto familiar se la mostró a Tomás esa noche en el patio. También le dijo que en Montevideo cayó en prolongadas depresiones, que extrañaba a su madre y a su hermano. La muerte de ambos le resultó intolerable. Del padre, en fin... al principio lo idealizó como un héroe, después... le guardó un gran rencor: “¡Por más justa que fuera la causa, nos dejó abandonados!”, se lamentaba. Además, le confesó a Tomás que ni su fugaz noviazgo con una gallega lo hizo apartarse de aquellos ingratos recuerdos. Sus tíos le dijeron que pronto caería Franco, que la resistencia de la Confederación Nacional del Trabajo lo voltearía y entonces volverían a Cangas del Narcea, a España. Manuel se preguntaba para qué. Nadie había quedado allí de su interés. Ni su madre Lola ni su hermano Leandro ya existían. Su minúscula y pobre aldea, Villajimada, a unos 4 kilómetros al este de Cangas, donde vivieron sus tíos, ¿qué le podría ofrecer? España le traía el horror, olor a pólvora y muerte; ya le había quitado a quienes más quería. Lo habían matado también a él, a *Manolito*, esa fatídica jornada que comenzó jugando con su hermano Leandro y finalizó escapando entre los robles y almendros con su pie deshecho hasta la casa de sus tíos.

La insistencia de su tía Milagros incentivándole una vuelta pronta al terruño fue contraproducente, no hizo más que alejarlo de la única familia que tenía, de lo

que lo ligaba a su pasado. Viajó a Buenos Aires con sus pocos ahorros. En la gran ciudad la existencia no le fue sencilla... alguna ayuda recibida por entidades españolas en Buenos Aires, pero no mucho más. Trabajó haciendo *changas*, trabajos temporarios, hasta que un día conoció a un gallego que le consiguió un puesto detrás del mostrador de la pizzería, y allí trabajó como lavacopas en una tediosa e interminable rutina. Al menos era un trabajo fijo, seguro, le alcanzaba para subsistir. Almorzaba y cenaba en la pizzería. Pagaba puntualmente el alquiler de su piecita y punto. Por lo demás, sin amigos, vivió con una coraza evitando cualquier relación. Revivía en soledad pequeños momentos dichosos, recuerdos infantiles de su aldea asturiana, y casi siempre apartado de la vida social, incluso en nuestro inquilinato.

Me encontraba extasiado escuchando la historia de Manuel y de improviso Tomás se quedó mudo; con un gesto de arrepentimiento, como si tuviera un nudo en la garganta, me dijo:

—¿Por qué te tengo que contar esto, chiquilín, imberbe entrometido? Curioso. Sí... un fisgón imprudente... ¡Estas son historias de hombres bravos, no se te ocurra decirle a nadie lo que te conté!

Quedé atónito, en seguida pensé: “Este tipo está loco, hace media hora que no para de hablarme y de repente *pum*, le agarra la locura senil, se calla y se *acabó lo que se daba*”.

Había dejado de llover, y el llanto de mi hermana menor nos terminó de sacar del clima creado por la charla. Tomás se hizo el rudo con un ademán de su mano derecha indicándome que me retirara, sin más palabras. Me levanté de la banqueta y simplemente le dije: “¡Chau, Tomás!”, simulando enojo. Se dio media vuelta y se metió en la penumbra de su cuarto. Jamás volvería a hablarme de Manuel. Ingresé a nuestro comedor y mi madre, desde su habitación, desperezándose de su siesta, me preguntó a los gritos:

—¿Qué hiciste todo este tiempo? Seguramente alguna de las tuyas, ¿no?  
—Nunca tan justas sus palabras.

Al asturiano lo conocí, finalmente, en la pizzería. Habíamos ido a cenar con mis padres y hermanas. Era sábado, el lugar estaba lleno de gente. Estábamos ubicados en una mesa sobre el ventanal cercano a la puerta de entrada, bastante lejos del mostrador. Con el argumento de ir al baño me levanté ansioso, me acerqué al retacón, medio pelado, que detrás de la barra lavaba los platos, y sin rodeos le pregunté:

27 Recuerdo, tristeza (del astur).

—Oiga, usted es Manuel, ¿verdad? —El hombre con cara de buey enojado irguió la cabeza y me respondió sin pensar:

—Pues sí, claro. . . —Haciendo un silencio, preguntó—: ¿Pero tú cómo sabes mi nombre, niño?

—Ah, me lo dijeron los Reyes Magos. . . —le expliqué sin más motivos, sonriendo y, perdiéndome entre las mesas, seguí hasta el baño y después volví a la mesa con mi familia.

Creo que fue un 1<sup>o</sup> de mayo al mediodía, mientras jugaba a las figuritas contra la pared del patiecito, que escuché otra vez aquel sonido que me perturbó: el chasquido de bisagras oxidadas y el crujir de madera. Era de la puerta verde. Ese feriado, Manuel bajaba las escaleras, recién despierto, con los ojos hinchados, en tanto no me sacaba la vista de encima, como diciendo “a ti te conozco de algún sitio”. Una gesto extraño se dibujó en su boca, lentamente sus pies arqueados llegaron al último peldaño y me hice a un lado. Con un ligero vaivén se fue metiendo en el baño.

Pasó el tiempo. Nos mudamos a un departamento más amplio, y aunque no volví a ver más al *tano*, sí lo volví a ver a Manuel durante mi adolescencia. Lo observaba a la distancia, cada vez que iba a la pizzería a comer *fugazzeta*, o los sábados por la noche cuando pasaba con mis amigos a tomar una cerveza antes de irnos a bailar al club Villa Crespo. Alguna vez, detrás del mostrador, levantó sus glaciales ojos negros mientras lavaba platos y enlazamos por un segundo nuestras miradas. Jamás se enteró de que en los días de mi niñez fue un personaje intrigante, un enigma: aquel extraño que moraba detrás de la legendaria puerta verde, el *Rey Mago* que se llevó por delante nuestros juguetes un lejano seis de enero, y menos aún sospechaba que yo estaba perfectamente al tanto de su penoso y sombrío pasado. Nunca hablé con mis padres sobre todo lo que sabía de Manuel. Yo tenía un pacto secreto con don Tomás, y *los pactos entre caballeros* no estaban para quebrarse, eran compromisos sagrados.

La vida siguió su curso y —como cada tanto— un día pasé por el barrio y eché un vistazo dentro de la pizzería, que no ha cambiado tanto —mucho menos que nosotros—. Desde la puerta de entrada pude reconocer detrás del mostrador a uno de sus viejos dueños. Sobre el largo mármol, un flaco alto cortaba con destreza varias porciones de pizza. Dos mozos jóvenes atendían las mesas mientras junto a la primitiva *bacha*<sup>28</sup>, un lavacopa treintañero acomodaba prolijamente una pila de platos.

28 Fregadero, lavabo.

Un fuerte impulso me hizo entrar al antiguo local. Lentamente pero con decisión, fui directo a la caja.

—Disculpe, quizás no me recuerde. . . , fui habitué en mi juventud —le comenté.

El *gallego* me observó con cara de nada.

—Con ustedes trabajó de lavacopas Manuel —agregué—; vivíamos en el mismo inquilinato durante los años de mi niñez. ¿Sabe algo de él?

—¿Manuel? Sí, ¡pobre! Se jubiló, pero siguió trabajando unos años para juntar dinero y volverse a España.

—¡Volverse a España! —repetí su frase, sorprendido.

—Tal cual, no sé a qué —respondió el pizzero levantando los hombros—. No tenía en Asturias ningún familiar. Sacó el pasaje, pasó a despedirse el día anterior a partir. Trabajó muchísimos años, y la verdad que fue un buen empleado, cumplidor. Y, ¿sabe qué? —hizo un largo silencio—. No sé cómo contarle. . . Se me pone la piel de gallina. . . , la misma noche anterior al viaje. . . se pegó un tiro.

—¿Cómo?! —pregunté aturdido.

—Sí, así como me escucha usted, se suicidó. ¡Increíble! Era un tipejo poco sociable, casi ni hablaba, no le conocíamos amistades, sabíamos poco y nada de su vida, no estaba enfermo que supiéramos, y trabajó normalmente hasta el último día. Mire usted —dijo desorientado—, que comprarse un pasaje para volver a su tierra y el día antes matarse. ¡Qué joder! Hombre. . . , que no lo podemos creer. . . ¡Todo muy triste! Lamento darle esta noticia.

—¡Pobre Manuel! ¿Qué le habrá pasado por su mente? —balbuceé.

Saludé al pizzero sin poder agregar más palabras. Quedé pasmado. . . Su relato pulverizó todas mis conjeturas sobre qué había sido de Manuel. Aunque no sé qué respuesta me hubiera satisfecho, su comentario fue devastador. ¿A qué volverse a España? ¿Por qué matarse? Respuestas que se llevó a la tumba. . .

Como un torbellino, me volvieron del pasado ráfagas de su historia. Salí caminando pesadamente entre las mesas con un amargo desencanto, y vaya a saber por qué rarezas de la mente recordé una frase de un antiguo filósofo: “La muerte es un castigo para algunos, para otros, un regalo, y para muchos, un favor”.

Ya en la calle me quedé parado unos segundos en la ochava, mi mente me transportó en el tiempo a la tarde de lluvia que traspasé la *puerta verde* y entré al cuartucho de Manuel. . . y al *tano* Tomás revelándome los infortunios y pesares del enigmático vecino. Pensé que todavía quedan casi intactas en mi memoria las

imágenes de mis inocentes travesuras y las huellas profundas de las confidencias y promesas que nos hicimos con Tomás.

Mis curiosidades, asombros y sorpresas, las historias bellas y las otras, las agridulces, todas marcan a fuego, se descuelgan del reloj del tiempo tocándome el hombro puntualmente en el momento preciso. Hay tantos recuerdos que sobrevienen de aquellos años lozanos, cuando —a pesar de todo— *las alegrías eran más frecuentes que las tristezas*, una certeza que ojalá no sea un cobarde engaño de mi memoria.



## Leche de cabra



Puerta del siglo pasado con cortinas al crochet tradicionales en inquinatitos o casas estándar tipo chorizo. (Archivo Carlos Szwarczer)

Haim no dejó muy buenos recuerdos en su descendencia. Su porte marcial acompañado de un gesto severo cimentó una imagen fuerte y autoritaria. Espesos bigotes le ocultaban cualquier esbozo de sonrisa que acaso alguna inaudita circunstancia le pudiera provocar. Había nacido en 1876 en el Imperio Otomano y es posible que su paso por el ejército y la policía definieran esa personalidad por la que sus familiares le tuvieron más temor que respeto. A los veinticinco años se casó con Regina, de apenas quince, con quien tuvo cinco hijos. Ella aportaría la cuota de dulzura necesaria y las bases para que en su hogar se conservara muy bien la tradición sefaradí, el legado de sus ancestros judeo-españoles.

Pero la joven tenía los días contados. Eran tiempos en los que morir era muy fácil. La parca la visitó en la flor de la vida, a los escasos treinta y cinco años, en 1920, pocos días después de dar a luz a Isaac. El desconsuelo echó una sombra de tristeza sobre sus hijos. La idea de abandonar Izmir (Esmirna), la ciudad en la que habían nacido, pasó al terreno de la necesidad imperiosa. Nada volvería a ser como antes: la invasión griega, apenas finalizada la Primera Guerra, los empujó a la pobreza. La dolorosa decisión de partir, siguiendo los pasos del hermano mayor, fue tomada. Lo hicieron por etapas.

Sara, íntima amiga de Regina, era una viuda que no había tenido hijos. Frequentó la humilde casa del barrio hebreo durante muchísimos años y allí vio crecer a cuatro de los vástagos del matrimonio. Por soledad, compasión, o tal vez amor, a tres meses de desaparecer su entrañable compañera del alma, se casó con Haim. Prontamente pasó de viuda a madre, creyendo que hacerse cargo de la prole no le traería complicaciones, pero el más pequeño, algo enfermizo, requirió de toda la atención de esta menuda señora *de gran corazón*. Criar a *Isaquito* exigió un esfuer-

zo colosal. Todos los días saldría a buscarle leche de cabra porque el niño no digería bien la de vaca.

Su llegada a Buenos Aires en 1933 —con Haim y el benjamín— cerró un ciclo que la mujer inició con la esperanza de rehacer su vida. En trece años se trasladó a América el núcleo familiar desde la antigua e intrincada judería esmirli a la pujante capital de la República Argentina. Se desconoce si quedó algún pariente directo de esta rama sefaradí en Turquía, aunque parece poco probable.

El vértigo de la ciudad porteña desubicó el estilo de vida provinciano de Sara, que se sintió rara, tanto que difícilmente salía a la calle. Se aisló en la imperturbable seguridad de su pieza; a lo sumo la convencían, muy de vez en cuando, de ir a visitar a algún pariente. Solía tejer paños con dos pequeñas agujas, sentada sobre el almohadón beige de su silla de esterillas barnizadas, cerca del ventanal que daba a la calle. Se rodeaba de decenas de papeles de diario, en un obsesivo intento por evitar que las pisadas le ensuciaran el piso encerado. Su manía por la limpieza creció en la medida que no supo qué hacer con su vida. Fueron casándose los hijos y su vejez pasó de monótona a baldía. En el otoño de 1957 murió Haim, a los ochenta y un años. El velorio fue en esa pieza del inquilinato, el mismo en el que cuatro décadas antes, a principios del siglo xx, estuviera el primer templo sefaradí del barrio de Villa Crespo, en Gurruchaga al 400.

La segunda viudez de Sara aceleró su ocaso. Una vez por mes le llevaban algo de dinero sus hijastros. Vio transcurrir desde la ventana las horas, los días, los años. Los pibes que hubiera jurado que hacía *un rato* jugaban a la pelota en la vereda ya se habían casado. Fue perdiendo la vista, el oído y los pocos restos de energía. Enmarañada la conciencia, amotinados sus reflejos, fue alejándose de la realidad. El presente y el pasado se le mezclaron y fueron partes de una misma dimensión.

A comienzo de los años sesenta iba con mi madre a visitar a aquella anciana enclaustrada, enferma y muy arrugada, a esa pieza que ya por entonces lucía muy diferente. Mientras caminábamos hacia su cama, el viejo piso de madera crujía reseco a punto de quebrarse. Sólo un equilibrio casi circense podía evitar que metiéramos nuestros pies entre los gajos abiertos que dejaban algunos listones rotos. Olfateé un espeso y desagradable tufo a humedad. Inspeccioné con aprehensión los muebles, generosamente antiguos y polvorientos. Algunos recodos quedaban parcialmente ocultos por pequeñas telarañas. Ese estado de abandono extrañamente contrastaba con los blanquísimos *crochets* que cubrían los vidrios de la puerta

de entrada y la mesa; se me antojó pensar que alguien los hubiera colocado recientemente.

En ese cuarto de techos altísimos la luz ingresaba mezquina por algunos resquicios de los postigos del cerrado ventanal que daba a la calle; los opacos espejos de una elevada vitrina devolvían fragmentos de agazapados y sombríos perfiles. Sara tenía la cabeza apoyada en el almohadón, ligeramente caída a un costado; su rostro aceitunado y cubierto de surcos dejaba escapar tan sólo un leve rastro de vida por los ojos apenas entreabiertos. Percibió nuestra presencia. Comenzó a hablarle a mi madre, que inclinada le acariciaba suavemente la mano. Nunca supe si se dirigía a ella, en la repetición acompasada de “¿Eres tú . . . Regina?”, o a su amiga, mi bisabuela fallecida en Izmir. Recuerdo su débil balbucear deshilando, esforzadamente, imprecisas palabras anudadas a una alegre canción que escuché de niño, cadencia que ahora sonaba sumergida en un mar de tonos acongojados. Esa triste mañana quedó grabada en mis ojos y en mi corazón.

Volvería a visitarla. Asistiría al lamentable espectáculo de un espectro hecido y abandonado que terminaría sus penosos y sumisos días en un asilo de la localidad de Burzaco, en la provincia de Buenos Aires. Hasta allí llegué una tarde acompañando a mi tío Isaac, el mismo que de bebé salvó su vida gracias al sacrificio de aquella madrastra en la lejana Turquía. Parecía sentirse en deuda con esa mujer postrada que ocupó por mucho tiempo el lugar de buena madre.

Sin embargo, Sara tuvo destino de olvido. Su tenue luz, apagándose irremediamente, fue estrujando recuerdos a través de los laberintos de una profunda historia, y acaso en aquellas remembranzas pudo encontrar, entre tanta fragilidad y abnegación, algunos momentos de felicidad. Por fin volvió a rozarle las mejillas la brisa tibia de la exquisita primavera en el verdor del monte Pagus, cuando divisaba desde las alturas las casitas de techos rojos que le encantaban, y las azules aguas del Golfo de Izmir llegando mansas hasta la rambla, entretanto conversaba con su eterna amiga Regina, y las risas acudieron de un lejanísimo verano cuando juntas cantaban pícaros romances sefaradíes. “¿Regina eres tú, *kirida*? . . . ¿Eres tú *kirida* amiga?”, repetía una y otra vez. Así fue menguando su cuerpo, enmudeciendo el murmullo, extinguiéndose, sigilosa e indescifrable, su sencilla y austera humanidad. Redimido a la hora perfecta alzó vuelo su espíritu y, atravesando fugaz otro enigmático océano, consumó el postrero retorno a su primera morada.



## La fogata de San Pedro y San Pablo

*“Un día de invierno  
el viento aromaba el adoquín  
y detrás de la fogata...  
un mágico festín.”*  
en *Mi cuadra*, Carlos Szwarczer

Cada año, a fines de junio, prendíamos la tradicional fogata de *San Pedro y San Pablo*, que conmemora el martirio de ambos apóstoles en Roma. Cercana a la festividad de San Juan, se mezcla con ésta y tiene características similares.

*La noche de San Juan* se relaciona con la llegada del solsticio de verano en Europa, por lo tanto el de invierno en América. Este primitivo culto pagano al sol reproducía —de algún modo— al astro como fuente de vida. Se realizaban grandes *fogatas populares* que eran el centro del rito. Con el advenimiento del cristianismo se hizo coincidir estas manifestaciones con la festividad que conmemora a San Juan Bautista, quedando mezclado lo pagano y lo cristiano y pasando de esta forma a nuestro continente. Es una noche de pedido de salud, de matrimonio y de otras necesidades diferentes según cada provincia, pero, sobre todo, son instantes *mágicos* y de *ensueño*. En algunos sitios es aún bastante común que la gente camine descalza sobre las brasas.

En Villa Crespo, el ritual comenzaba al atardecer, al menos en mi cuadra, en la calle Padilla. Buscábamos un gran pedazo de madera como base fundamental y muchas ramas que sacábamos de los árboles. Formábamos una gran montaña, agregándole incluso muebles rotos o inservibles que días antes íbamos recolectando entre los vecinos. Comprábamos papas en la *carbonería de Acevedo* (comercio que se encontraba ubicado en la calle transversal de ese nombre), y las colocábamos adentro de latas dejadas cerca del madero más grande, el que conservaba más tiempo el fuego y el calor.

Anocheciendo, acompañados por algunos mayores, rodeábamos orgullosos nuestra monumental obra comenzando la ceremonia con el encendido de la pira. A partir de ese momento nos quedábamos hipnotizados por el fuego. Nuestros



Fogata en una esquina del barrio de La Boca. Archivo Museo Benito Quinquela Martín.

ojos enormes encantados por las llamas danzantes brillaban en la oscuridad. Como sumergidos en un tiempo fuera del tiempo, escuchábamos sólo el crepitar de la madera y las ramas secas ardientes. El calor nos liberaba —al menos un poco— del frío invernal.

Una vez cocidas las papas las sacábamos con cuidado de las latas calientes y las compartíamos. Desde las puertas de sus casas los vecinos nos veían iluminados en la cerrazón de la noche; éramos un puñado de chiquilines gesticulando y a los insultos mientras, impacientes por sacarles las cáscaras a los tubérculos, nos quemábamos los dedos.

En un barrio de inmigrantes, sembrado de una gran mezcla cultural, sólo algunos pibes sabían con precisión qué se celebraba esa noche de comunión repetida cada año con alegría y naturalidad. Y mientras algunos padres y abuelos participaban solidariamente, otros protestaban por el ruido y los deshechos que se juntaban.

La festividad de *San Pedro y San Pablo*, justo a mitad de año, representaba el compartir con el vecindario una actividad que nos unía: elevábamos sobre el empedrado la soñada e imponente hoguera cerca del cordón de la vereda, controlando que el fuego no afectara los cables de luz tendidos en las alturas, y junto a ese grupo de cómplices vecinos culminábamos el *festín* devorándonos el *manjar* en torno a las ascuas humeantes de nuestra memorable fogata.





Cuando Corrientes se llamaba Triunvirato. AGN.

## Hechizo sefaradí

José tiene más de 80 años. Nació en Villa Crespo, Buenos Aires. Su niñez estuvo estrechamente ligada a la calle Gurruchaga al 400 y sus cercanías; creció en “el medio de la *Yudría*”, sector del barrio en el que se concentraban los *sefaradíes* de habla judeo-española. El lugar tenía características muy especiales que sobresalían aún dentro del universo multicolor de Villa Crespo, donde los *ashkenazíes*<sup>29</sup> eran inmensa mayoría entre los judíos. Todos ellos coexistían con españoles, italianos, musulmanes, griegos, armenios, etc., pero desde las primeras décadas del siglo xx, Gurruchaga, ubicada entre Corrientes —por entonces llamada Triunvirato— y Camargo, parecía una típica callejuela de Izmir (Esmirna, ciudad de Turquía).

En verdad, José, apodado “Pepe”, no era sefaradí, pero lo parecía: era descendiente de una de las tantas familias de origen español de los inquilinatos donde convivían entremezcladas parentelas de distintas etnias, humildes y trabajadoras. La mayoría de los amigos de Pepe eran “turcos sefaradíes” y conocía a la perfección sus costumbres, a tal punto que, se podría decir, era uno de ellos. Si hasta iba con aquella “barrita sefaradí”, a la tardecita, al templo de Camargo al 800 para ganarse unas monedas de propina ayudando a distribuir las *kipás*<sup>30</sup> a los varones que ingresaban a orar.

Los años 30 del siglo pasado fueron difíciles, aunque dentro de una coyuntura de crisis, generalmente las familias se conformaban con poco. Los testimonios tienden a recordar lo cotidiano desde aspectos muchas veces presentados bajo un barniz de felicidad, producto de un tiempo que parece haber sido disfrutado con pe-

<sup>29</sup> Judíos originarios de Europa Central y del Este y cuya habla era el *idish*. La palabra “Ashkenaz” se encuentra en la Biblia y alude a Alemania.

<sup>30</sup> Pequeños sombreros. Se utilizan para cubrir la cabeza de los hombre durante las ceremonias en el templo.

queñas cosas y aun las dificultades, derivadas de una incómoda situación económica, hoy son expresadas desde el humor o rememorando picardías o travesuras.

Pepe cuenta que su hermano trabajaba en la pollería de la calle Gurruchaga y allí pelaba pollos. “Mi mamá me mandaba a comprar allá —agrega—. Los huevos rotos los vendían más baratos y yo iba con una ‘lechera’ y le decía a Gallizy —el dueño del local—: ‘Hola, don Juan, dice mi mamá si me puede dar una docena de huevos rotos’. Y él me contestaba: ‘Sí, claro, andá, decile al Cholo’. Y yo le decía a mi hermano, que se iba al fondo, agarraba los huevos sanos, los golpeaba y los tiraba a la lechera, pero en vez de doce tiraba como cincuenta huevos y cuando salía yo le decía: ‘Dice mi hermano que ya está, don Juan’. Y él comentaba: ‘A ver... ¿qué te voy a cobrar si están todos rotos?’ y no me cobraba nada”. Con el rostro encendido y nostálgico por el recuerdo de esa artimaña, don Pepe continúa: “Y mi mamá pisaba todo, con cáscara y los colaba y hacía una masita que le enseñaron los turcos (sefaradíes), que le llamaban *pan esponjado*, pan de España. Después con lo que le quedaba le agregaba un poco de harina y estiraba la masa con una cuchara y se hacía como un huevo frito y hacía unas masitas: ‘mulupitas’, y llevaba la fuente a la panadería para que se la hornearan. Aprendimos de los turcos... comíamos *a cuturadas*<sup>31</sup>”. Ríe a carcajadas.

Asegura conocer muchos temas que cantaban los *turcos* y hurgando en su memoria, en tanto se humedecen sus ojos claros, alcanza a revivir con cierta dificultad, pero mucha alegría, algunos fragmentos: “¡Ay! Yo me la llevé / abajo del puente / cuántos cuentos le conté / ni me lavo ni me peino / ni te pongas la mantilla / hasta que venga mi novio de la guerra de Sevilla”. Y Pepe sigue entonando: “¡Ay! Sí, ven Pupula ven / Pupula ven no te desbragues / que aquí nos pueden ver / toma por aquí toma por allí...”.

Claro que fue tanto el contacto con el mundo sefaradí que se vio “*embelekado*”; las comidas, el cancionero, los refranes: “*Mucho i bueno ke te dé el Dió*”, “*Kamino de leche i miel ke se te haga*” y, sobre todo, la *grazia de sus myeres* hicieron que se enamorara de la hija de un operario del templo sefaradí de la vuelta. La familia de la novia solamente le pidió que no se casaran por iglesia y les deseó *parida de biyos*.

Sorprende escuchar en este criollo de apellido vasco, la perfecta cadencia y entonación de sus palabras en *djudezmo*<sup>32</sup> tan cuidadosa y gratamente elegidas del

baúl donde se guardan las vivencias más queridas, mientras se ilumina una vez más su rostro, como quién de pronto encontró un lugar y un tiempo en el que comenzó su felicidad.

*\* Este testimonio, que es parte de la historia de una familia común de Villa Crespo, es reflejo de la convivencia e integración en un ámbito de diversidad cultural, donde el mundo sefaradí, como observamos, fue y sigue siendo una fuente de hechizo y seducción, muchas veces irresistible.*

31 En mucha cantidad.

32 Habla de los sefaradíes, denominada indistintamente ladino, judeoespañol, castellano antiguo, espanyol, españolit. Idioma de los judeo-españoles del siglo XV y que sus descendientes mantuvieron, con ligeras variantes, según la región, en cada aldea o ciudad en la que se afincaron luego de la expulsión.

**Sulky Ciclo**

Con la garantía y el prestigio de **SULKY-CICLO** brindamos en esta página la última palabra en rodados.

**EL REY DE LOS JUGUETES!!!**

presenta como siempre sus modelos originales, que disfrutaron desde hace años de la preferencia de todos los niños.



El auténtico SULKY-CICLO debe llevar esta marca grabada a fuego en el anca de cada caballito.

**ADEMAS DEL CELEBRE SULKY-CICLO DISPONEMOS DE UNA LINEA COMPLETA DE RODADOS DE ALTA CALIDAD.**

Moderno tipo de motocicleta que constituye un verdadero acierto de nuestra fabricación.

El célebre tractor a cadena "CANCILLER", que se vende provisto de un acoplado.

para "ESCODA" más

VARIADO SURTIDO EN TRICICLOS Y BICICLETAS

**Establecimientos**

**SULKY-CICLO**

AZCARATE HNOS. & ESCODA — Avda. San Martín 4274 - 80  
T. E. 50 - 7060 y 1335. — BUENOS AIRES. DIREC. TELEG. AZES.

HACEMOS ENVIOS AL INTERIOR Y AL EXTRANJERO SOLICITE CATALOGO

Antigua publicidad de Sulky-Ciclo.

## Mi bicicleta de latón celeste

Aún no sé por qué andar en bicicleta me produce desde niño una hermosa sensación de libertad. Comencé con un triciclo, hasta que un día de reyes *Gaspar, Melchor y Baltasar* me regalaron una bicicleta de color celeste con paragolpes de latón imitando una motocicleta. De tanto girar con ese *bólido* gasté casi todas las baldosas de la cuadra.

Había aprendido a andar en la *bici* de un amigo, un rodado 26 de color rojo. Ese día subí al escalón de mármol del negocio de máquinas de coser de su padre; apoyé temeroso mi trasero en el asiento, los pies en los pedales, cuando detrás aparecieron tres siniestros amigotes que inesperadamente me empujaron, tan fuerte que con el envión caí de costado a unos cinco metros. Los raspones que sangraban de mis rodillas no me acobardaron; por el contrario, sentí que me había animado, que había pasado una prueba importante. Después de todo, unos metros eran unos metros y, como decía mi abuela, "peor es nada". Después sería más fácil: con un par de tropezones más logré, finalmente, el equilibrio necesario. Dicen que una vez que se aprende a pedalear no lo olvidamos nunca más: ¡absoluta verdad! Paradójicamente, adquirir esa destreza me permitió sentir que había conseguido algo primordial, algo tan sencillo me hizo el pibe más feliz de la tierra.

¡Era tan fácil ser irresponsable a esa edad! *Pichón* cada tanto se aparecía con cajas repletas de sobres de figuritas o con una pelota de fútbol nueva. Tiempo después comprendimos el motivo de su prosperidad: nos enteramos de que le robaba dinero a su tía. Así, un día, apareció con su típico andar cansino, su prolijo flequillo y los aires de ricachón, y esbozó una capciosa sonrisa al sacar del bolsillo de su pantalón un fajo de billetes para invitarnos a ir al barrio de Palermo. Algunos juegos necesitaban estar acompañados por la tentación de vulnerar los consejos de

nuestros progenitores. Me uní al plan del grupo, sabiendo que nunca había salido de Villa Crespo sin mis padres.

Llegamos a los Rosedales y Pichón pagó los alquileres de las bicicletas. Me aferré al manubrio y pedaleé a toda velocidad. Cruzando la Avenida del Libertador sentí una ráfaga que me desestabilizó, aunque no lo suficiente como para tirarme. Temblando, y aferrado a la empuñadura del manubrio, giré la cabeza y tomé conciencia de que un camión enorme había pasado a toda velocidad y que por centímetros casi termina con mi corta vida.

A partir de entonces, por ser un tanto distraído por naturaleza, intentaría ser más cuidadoso. Pero ese susto no fue suficiente: el hombre es el único animal que se tropieza dos o más veces con la misma piedra. Un verano se corrió, entre muchachos de los alrededores, una carrera de bicicletas sobre la calle Murillo, y otra vez la desgracia me pasó muy cerquita. Jaime me prestó su impecable *bici* roja. Dieron la voz de salida y me posicioné entre los primeros participantes. A unos sesenta metros, a la altura del portón de la antigua Fábrica Nacional de Calzado, íbamos cabeza a cabeza con Lutzky, un compañero del colegio. Ese rubio pecoso de ojos celestes me hizo una mueca diabólica mientras nos miramos con odio sin dejar de pedalear un instante. Con mis últimas fuerzas, bamboleándome sobre los pedales, saqué una pequeña ventaja y a toda velocidad me encontré *de golpe y porrazo* con el final de la calle. *¡Llegué primero!* Pero los frenos no me respondieron. Hice malabares para no caerme, y quedé con la bicicleta de costado, casi pegado a un auto que pasaba velozmente por la calle transversal, Gurruchaga.

Recuerdo los gritos de susto de algunos curiosos vecinos que miraban desde la vereda y también los aplausos y la algarabía de mis amigos de cuadra por ese primer puesto. ¡Les habíamos ganado a nuestros eternos enemigos, los de la barrita de la calle Murillo! Transpiraba por el esfuerzo y el susto del final. Unos minutos después, más sereno, pensé que nuevamente mi inconsciencia podía haberme hecho pagar muy caro el juego. Tuve suerte, otra vez; comencé a plantearme que debía imponerme ciertos cuidados y límites, es decir, medir realmente hasta dónde valía la pena la osadía de subestimar el peligro.

La bicicleta era pura magia, el placer del movimiento, la velocidad y esa sensación agradable del viento que me despeinaba, pero sobre todo me fascinaba si, además, llovía o garuaba. Conocía de memoria cada rincón de mi manzana, cada baldosa, cada adoquín, cada puerta y cada ventana. Pronto comencé a disfrutar rodando por terrenos poco frecuentados o desconocidos, los que sin duda alentaban

mi figoneo mientras controlaba un poco más mi imprudencia. Otras veredas, otras calles, otros barrios significaron un *mundo nuevo* a descubrir. Bicicleta, libertad y naturaleza las percibía como mezcla atractiva para momentos de disfrute y de sencillas aventuras.

A mediados de los años 60 viajé con mi familia a *Salto Argentino*; invitados por unos conocidos de mi padre, fuimos por un fin de semana largo, coincidiendo con un día lunes feriado. ¡Tres días para disfrutar! Desde el principio las condiciones climáticas no nos acompañaron. Lloviznaba, por eso se lamentaban a coro con un “qué mala suerte”. Todo parecía gris.

A excepción de comer huevos tibios recién puestos por las gallinas —lo que para un pibe urbano era toda una novedad— lo verdaderamente atrayente, al menos para mí, fue que después del almuerzo, mientras *los grandes* jugaban a las cartas o dormían la siesta, descubrí en el *garage* de nuestros anfitriones una bicicleta medio arrumbada. De inmediato, excitado, me las arreglé para pedírsela prestada a sus dueños. Y así fue que me pasé los dos días siguientes pedaleando bajo una persistente garúa: *¡el paraíso!*

En nuestros veraneos en Mar del Plata nos hospedábamos en un sencillo hotel frente a la playa La Perla: el “Bransonía”. Don Pío, su dueño, era un hombre mayor, oriundo de Yugoslavia, y utilizaba para hacer las diligencias cercanas una vieja pero hermosa bicicleta de color negro, que aunque un poco destartada, tenía detalles relucientes en cromo. ¡Qué maravilla! En las siestas calurosas de esos veranos le pedía prestado su biciclo y me lanzaba por los caminos zigzagueantes de piedritas color ladrillo de Plaza España, frente al hotel.

Ya adolescente, viajé a la provincia de Mendoza con mi noviecita de entonces a conocer los viñedos de sus abuelos, y uno de mis recuerdos más gratos se lo debo a nuestras andanzas en bicicleta por la ruta que unía las ciudades de General Alvear y San Rafael, entre un paisaje de ensueño, a través de coloridas viñas y rojas granadas que brillaban al costado de la ruta con el telón de fondo de las soberbias montañas de la precordillera.

Dejé de *pedalear* muchos años. Las ocupaciones, el trajín de la vida me alejaron de ese sano y entretenido hábito. Por suerte, sé que no se pierde la habilidad para subirse, mantener el equilibrio y echarse a andar por los viejos y nuevos caminos.

Y aunque mi calle Padilla está algo distinta sin su antiguo y hermoso empedrado, tapizada por el grisáceo pavimento llegado con el progreso, ahora que los

recuerdos fluyen por el serpenteante río de la vida, al pasar por allí veo también un enorme edificio donde estaba el legendario inquilinato en el que vivía con mi familia. Mis ojos, los del alma, recorren la cuadra, entre Malabia y Acevedo, aquella de colores intensos y brillantes que ya no existen, pero aún iluminan los tiempos felices de mi niñez.

En este rincón de Buenos Aires surgen desde el pasado mi primer triciclo, mi juvenil inconciencia, y aquella primera bicicleta, la de latón celeste obsequiada una noche de enero por los *tres reyes magos*, a los que les dejé en el patio —junto a mi inocente credulidad— algo parecido a pasto que arranqué de la maceta de una vecina, el agua para sus camellos y mis gastados zapatos de colegial.



## El grito del difunto

Transcurre el año 1920. A los pocos meses de llegar a Buenos Aires, Alejandro recibe una infausta noticia: una carta enviada desde Esmirna, Turquía, le informa que su adorada madre ha fallecido inesperadamente, días después de dar a luz a su pequeño hermanito. La lectura de ese papel rugoso y lejano lo impacta de tal modo que lo tira y pisotea una y otra vez contra las baldosas. Violentamente arroja su cajoncito de lustrar botas —con el que se gana la vida— y comienza a pegarse el pecho con los puños, aúlla como un animal herido. Al fin se lleva las manos al rostro desencajado, y comienza a llorar.

En esa habitación mínima del inquilinato de la calle 25 de Mayo, cercana al puerto, compartida con dos paisanos, el desmedido y severo ataque de nervios pasa —con la velocidad de un rayo— del temblor descontrolado a una rara inmovilidad, y cae pesadamente al piso. Sus compañeros de pieza, desesperados, lo acomodan sobre su cama e intentan reanimarlo; le abofetean las mejillas, le sacuden los hombros, pero no hay reacción.

Muis asevera desconsolado: “¡Se murió Alejandro! ¡Se murió Alejandrigo!”. Jacobo lo hace callar: “*¡Dankavé*<sup>33</sup>... , *el Dió ke no nos traiga!*”<sup>34</sup>. Lo ven tan tieso y cadavérico que llaman a la Asistencia Pública. La llegada del médico desmorona rápidamente cualquier esperanza: lo da, efectivamente, por muerto, ante la angustia de los amigos y vecinos.

Es viernes, los sábados no se entierra; aceleran los trámites fúnebres. No es justo que termine así, con tanta vida por delante. “*¡Ke ora negra y preta!*”<sup>35</sup>, se

33 *Dankavé*: individuo que atonta con sus palabras o por la repetición de las mismas.

34 “Que Dios no nos traiga eso” (dicho en djudezmo que pretende alejar malos presagios).

35 “Qué hora negra y oscura”. Mal momento. Tiempo cargado de negatividad.



Ambulancia de época. AGN



escucha a Estrella, una de las vecinas: “*Famiya que no tiene el manzebiko... a ken dizirle. Están todos en Turkiya*”, agrega desorientada.

La sala y el patio se van poblando. Deambulan conocidos y curiosos mediatubos. Un allegado, providencialmente, por aquel *perdido por perdido* o bien porque no se resiste a creer en el diagnóstico del profesional, decide llamar a un médico particular de su confianza. Las miradas perdidas de los más íntimos y los llantos entrecortados de las mujeres agobian más el cansino paso del tiempo, marcado en lánguido compás por el péndulo del reloj de pared. Unos minutos o un siglo después llega el otro galeno y comienza a revisar nuevamente al occiso, de arriba abajo, de la cabeza a los pies, de los pies a la cabeza. Repentinamente, transforma su ceño fruncido en un gesto de ostensible contrariedad. Levanta la vista y, absorto, deslizándose una mueca de excitación que no puede disimular, afirma entrecortadamente: “Este muchacho está vivo...”.

Después del lógico alboroto inicial, explica a los incrédulos y desconfiados presentes que el joven inerte se encuentra en *estado cataléptico*, que podía hacer algo por él, si bien deja en claro que es un asunto por demás riesgoso, tanto que el enfermo de sólo dieciocho años podría quedar con alguna deficiencia física permanente. En esos instantes dramáticos no hay ninguna otra cosa que elegir: es la vida o la muerte. Autorizado el médico a hacer lo necesario, aun a expensas de que el inmigrante *esmirli* quedara con algún tipo de invalidez, procede a concentrarse sobre el método a utilizar para sacar del trance al paciente.

Muis, flaco y desgarbado, se aprieta entrelazando fuertemente los dedos huesudos de sus manos, como orando, y susurra: “*iKe el Dió te avilumbre!*”<sup>36</sup>, palabras ininteligibles para el facultativo, que da una vuelta alrededor de la cama y observa con curiosidad aquellos párpados que juzga sombríos, aunque el rostro juvenil conserva un halo de misterio. Coloca el dedo pulgar sobre la órbita de uno de los ojos y espera un momento para luego presionar fuertemente. Alejandro, *el finado*, pega un grito visceral, un sonido casi de ultratumba que estremece a todos, se incorpora en la cama como impulsado por un resorte. Su cuerpo sentado, intensamente agitado, sus ojos súbitamente abiertos emergen tan redondos y brillantes como dos lunas plateadas que perforan el umbrío espacio. Inmediatamente la sorpresa estalla como un vendaval que, como rara mezcla de estupor y júbilo, invade el cuarto.

—*Amán... Amán... ¿Kualo es esto?* —exclama Jacobo, estupefacto.

En torno al *frustrado lecho de muerte*, sollozos y risas patéticas acompa-

36 “¡Que Dios te alumbré, te ilumine!”.

ñados por saltos de alegría, instintivos movimientos que semejan una danza de seres perplejos delante del *paisano sefaradí* vuelto a la vida. Su ataúd tendrá que esperar todavía unos largos cuarenta y cinco años para hospedarlo.

Contará luego Alejandro que había quedado paralizado dentro de un inevitable sopor, y que escuchaba, como de lejos, las voces y los llantos, pero que le era absolutamente imposible moverse o dar alguna señal. Durante ese *tiempo suspendido* pasaron por su mente imágenes difusas de su *chikez*<sup>37</sup> humilde pero feliz, correteando por las angostas callejas de la judería y trabajando desde muy chico como lustrabotas para ayudar a la familia. Cada hermano aportaba lo suyo, pero él era el mayor y le tocaba la responsabilidad de *abrir caminos*. Rememoraba cada detalle de la doliente despedida de su familia... Sus labios secos por los nervios, alejándose por primera vez de su hogar, de sus colores, de sus sabores, de sus apegos, para buscar un nuevo horizonte para él y para el resto. Pero si algo quebró su ánimo fue la despedida de su mamá: antes de partir hacia el barco que lo traería a América se sentó en el piso de la sobria casita del *Karatash*<sup>38</sup> y apoyó su cabeza en el regazo de su madre, que, sabiendo la gravedad del momento, comenzó a canturrear fragmentos de antiguas romanzas de *Sefarad*, las mismas que le cantó por años a él y a sus hermanitos, para acunarlos, para que se durmieran serenos: “*Nani, nani, nani... nani kere il biyo...*”<sup>39</sup>. Alejandro retrasa la partida, no quiere marcharse, pero su madre insistirá: “*Debes irte biyico, aquí nada nos queda. ¿O Keres ir a la gerra? Vate kirido bojor. Nos adjuntaremos en Arjentina. ¡Agora tú, luego mozotros!*”.

“Todo esto me pasaba por el *meoio*”<sup>40</sup>, relatará al reponerse. Mencionará el fuerte dolor en la frente y cómo, de pronto, se vio sentado en la cama, rodeado por un puñado de gente que lo miraba como a un fantasma. Este hecho, originado por la noticia de la muerte de su madre en su Turquía natal, hubo de quedar como anécdota familiar un tanto siniestra y de muy fuerte impacto en su familia por tres generaciones. En lo sucesivo, *el esmirli* cada vez que alce su copa para brindar exclamará en hebreo “*ilejaim!*” Ese viernes nació de nuevo. “*iMazal bueno tendrás!*”<sup>41</sup>, le auguró una anciana vecina sefaradí.

37 Niñez, infancia.

38 Barrio judío de Esmirna.

39 Comienzo de una canción de cuna.

40 “Todo esto me pasaba por la mente” (“meoio”: cerebro, cabeza, mente).

41 “¡Buena suerte tendrás!”. “Mazal”: suerte. Ante el infortunio se le desea que el futuro le traiga buena suerte.

Alejandro formó una familia y trabajó sin descanso. De Esmirna fueron llegando todos sus parientes a Buenos Aires, menos su madre, claro. Muchos años después, días antes de su *segunda y definitiva* muerte, le comentó afligido a una de sus hijas: “No hago más que ver por todos lados el rostro de mi madre que me llama”. Insistió en esas *apariciones*, presintiendo que algo habría de ocurrirle. Su hija lo retó como a un niño, le pidió que no pensara en *pavadas*.

La semana siguiente, una tarde soleada de otoño, Alejandro falleció, a los sesenta y tres años. Buenos Aires siguió su vertiginoso ritmo, como corresponde a una gran urbe. En uno de sus barrios, Villa Crespo, siete días se prendieron velas y se leyó el *kadish*. Alejandro tuvo una vida intensa, tanto que murió dos veces. Ni su mujer ni sus hijas ni sus nietos lograron colmar del todo ese vacío abismal que jamás dejó de sentir por la separación y el desencuentro de quien le dio la vida. Las historias se tejen a veces dulces, a veces crueles. Nunca somos dueños completamente de nuestra existencia. Una tradicional canción de cuna llega desde tiempos inmemoriales y se renueva en cada generación. “*Nani, nani, nani... nani kere il biyo... biyo de la madre... chico se baga grande... ¡Ay... durmite mi alma...!*”. Alejandro y su madre descansan en paz. *¡Amén!*



## La casa eterna

Había esperado ese momento toda la noche, ansioso y desvelado. Aquella mañana sería diferente a todas las demás. Los peones sudorosos, con los canastos sobre sus espaldas, atravesaban meticulosamente el angosto zaguán y el enorme patio repleto de coloridas macetas; al trote cubrían la distancia que los separaba del corredor; y en el primer departamentito iban descargando nuestras pertenencias. Pobre mi *bobe*, se había ido al cielo sin despedirse de mí; eso sí, nos había dejado la pieza y el comedor para que nos mudáramos de un tercer piso por escaleras al inquilinato.

Ya no tendría que subir tantos escalones cada vez que volvía del *cole*: ahora para mí todo sería distinto, pensaba, mientras encaramado a la base cuadrada del soporte de la heladera jugaba a que tenía un poderoso monopatín; sus rueditas y mi desbocada energía me llevaban de un lado al otro del patio común ante la mirada desorbitada de algunos vecinos.

Me conocían, claro, cada tanto íbamos por un rato de visita, pero ahora “el *roiter*”<sup>42</sup> llegaba para quedarse, y “ya se sabe cómo son los pelirrojos: traviosos, malos, dañinos”, aseguraba Esther, la de la primera piecita.

—Nene, *ten* cuidado con los malvones —me gritó Dora, y agregó, de entrada, para que no quedaran dudas, que el patio era su exclusivo territorio—: me rompés una *plantika*<sup>43</sup> y te *ajarvo*<sup>44</sup>.

—Tranquilo, *íngale*, tranquilo —susurraba don Simón, el de la tercera pieza, dibujando una falsa sonrisa. Sin dudas, presentía que nuestra llegada le complicaría sus monótonas y soporíferas siestas.

42 *Roiter*: Colorado, rojo. En este caso “pelirrojo” (del idish).

43 *Planta*, flor.

44 *Ajarvar*: dañar, lastimar (del djudezmo).



En el zaguán de la calle Padilla (Archivo Carlos Szwarczer)

Y fueron años felices. Mis “viejos”, mis hermanas, los vecinos, un gran *menjunje*. Afuera, la calle, lo nuevo, el inicio de un largo camino. Siempre me esperaba la *barra de amigos*<sup>45</sup>, los juegos, *la feria, el cole*, en fin... mi infancia, la vida en sus comienzos, tan pura y transparente. “*Después... qué importa el después*”, dice el tango. Qué sentido tiene ahora observar dónde estoy, dónde llegué, qué fue, qué pudo ser. Más allá de todo, allí, en ese lugar, están los primeros momentos sublimes de mi existencia, inalterables por siempre, tan ciertos y monolíticos que resisten cualquier intento de olvido, aunque, a veces, casi sin darnos cuenta, agreguemos algún detalle nimio a lo acontecido, para tapar algún hueco de la memoria, o para embellecer innecesariamente lo que es bello de por sí, todavía un poco más.

Hace tanto calor... el local de la calle Warnes, al que llegué por un trámite, tiene aire acondicionado; después de unos minutos salgo y, otra vez, me sumerjo en el fuego del mediodía. Apurado, con tantas cosas por hacer, con el día que no alcanza. *¡No... no puedo dejar de pasar por allí!* Estoy apenas a unas cuerdas de mi vieja casa, siempre que estoy cerca paso, me atrae, no sé, es como un canto de sirenas. Seco la transpiración de mi cuello con el pañuelo. *¡Qué día complicado, la próxima vez paso! ¡Qué hago?*, me pregunto *¡No!* Tomo el teléfono celular y llamo a Marta. “¿Sabés dónde estoy...? ¡En Villa Crespo!”. Mi comentario es un guiño, ella sabe que indefectiblemente pasaré *a cargar las pilas*. “Ok... un beso”, me dice entre risas.

Cada tanto me llevo, necesito percibir los viejos aromas, recorrer la cuadra, los árboles, los umbrales que me conectan directamente con el origen, los frentes de las casas que todavía permanecen en pie, pararme frente a esa puerta de madera, con los brazos cruzados, como diciendo acá estoy todavía y vos también, buen roble, indestructible al paso del tiempo, como mi niñez.

Entonces... bajo por Malabia, doblo en mi calle Padilla, paso por el añoso árbol al que le sacábamos las ramas para hacer las populares y divertidas fogatas en aquellos inviernos tan fríos, y me voy acercando, de a poquito, como siempre, para ir saboreando el momento de los recuerdos. Camino casi pegado al frente de mármol negro de la casa en la que jugábamos a las figuritas, y de pronto me siento extraño, desubicado, como si me hubiera *chupado* un plato volador y me dejara en otro sitio, en otro lugar absolutamente desconocido. Miro hacia atrás, por las dudas, para saber si estoy loco o qué... Sin embargo, todo está igual, faltan, por supuesto, *conjurados*

45 Barra: en Argentina, modismo para referirse a una reunión de personas, en este caso unidos por la amistad.

en algún rincón del pasado, *los pibes de la barra*, los puestos de la feria, mi vieja con su bolsa volviendo del almacén, el turco Liazer, el tano Tomás, el gallego Manuel, Moishe, el *sblepper*<sup>46</sup>, pero, por los demás, todo, o casi todo, está en su sitio como algunas décadas atrás. Dicen que “las piedras sobreviven a los mortales”. ¿Y mi casa? Vuelvo a mirar y no caben dudas, no estoy soñando, estoy donde tengo que estar, pero donde estaba y tiene que estar la casa de mi niñez hay un edificio de nueve pisos, riéndose desde las alturas. Ni puerta, ni zaguán, ni patio, ni las baldosas de la calle quedaron.

Duro como una estatua de sal, frío como un témpano, desorientado, como a quien le mueven el piso o le quitan las estrellas del firmamento para siempre, atino a decir solamente, con la voz temblorosa:

—¡¡¡Qué lo parió!!!<sup>47</sup>.

—¿Necesita algo? —me pregunta un obrero con acento paraguayo.

No le contesto y entro a la obra en construcción; me explican que estaban terminando los detalles, que finalizan en dos meses. Habían comenzado en marzo, casi un año atrás. *¿Tanto hacía que yo no pasaba?* El zaguán no existe, donde estuvo el patio y el resto del inquilinato estará el *garage* del moderno edificio. Me permiten recorrer la planta baja. Donde estuvo mi cuarto, por el momento, apenas unos ladrillos tirados, una bolsa con desperdicios y una pequeña hoguera quemando vaya a saber qué. Miro y miro, y no lo puedo creer. Ni patio ni universo. Delante de mí un espacio inconmensurable, sin vida. Levanto la vista y el cielo es otro cielo.

Salgo del edificio, saludo a los albañiles y me voy yendo, abatido, metido en mis pensamientos. Me pregunto por la chapa de la puerta de entrada, por el número. Me doy vuelta, desando el camino y cuando voy a preguntarle a uno de ellos, observo que la chapa enlozada está allí, envejecida, con el “644” todavía estampado, negándose a que el óxido alcance a corroer ese número cabalístico, lo único que queda. *¡Nadie me mira!* Levanto mi mano derecha y compruebo que no está atornillada sino puesta a presión, entre la carpintería metálica y el vidrio. Intento despegarla. *¡Dale!*, me digo. *Es solo una travesura, como antes, como cuando tocábamos timbre y salíamos corriendo, como cuando hacíamos pendejadas. ¡Dale!*, repito, *llevátela, como recuerdo*. Suave, muy suave, la voy desacomodando, la estoy haciendo mía...

—Señor —me dice el capataz de la obra, mientras con cara de perro bulldog abre la puerta y me pregunta con aspereza—: ¿Qué hace?

46 *Sblepper*: vagabundo, harapiento, mal vestido (del idish).

47 Frase para manifestar enojo. Insulto

Tengo ganas de decirle tantas cosas, pero no me entendería. Le sonrío y miro la chapa por última vez. No me había topado con ningún plato volador, no me habían llevado a otra galaxia; simplemente mi casa de infancia ya no existía y nadie me había avisado. Tengo un nudo en la garganta, pero no más que eso. Decido no angustiarme, ni rasgarme las vestiduras, no tiene sentido, porque pensándolo bien... *¡Qué me importa..., pero qué carajo me importa, si está en mi corazón, dentro de mi ser, para siempre conmigo!*



## Siete gatos

La tormenta había pasado como una ráfaga, pero fue tan violenta que esos escasos minutos parecieron el mismísimo diluvio universal. El agua en la esquina de Camargo y Serrano llegaba a un metro de altura y otra vez se había formado un auténtico lago artificial. Desde antaño esa zona —entre otras— de Villa Crespo soportaba el desborde frecuente del arroyo Maldonado.

Para colmo de males ese jueves se cumplían tres días sin que se supiera nada de Jaim. “¿Qué le habrá pasado? *¿A ke najamú va a venir?*”<sup>48</sup>, pensaba en voz alta Luna, su esposa. El hombre, que hacía tiempo no tenía trabajo fijo, se había ido una vez más al puerto para conseguir alguna *changa*<sup>49</sup> como estibador. Evitó hacer hasta el más mínimo ruido para que ninguno de sus cuatro hijos se despertara. Diestro en el sigilo, antes de levantarse, le murmuró al oído a su mujer:

—Lunika, *vo* a probar suerte..., te prometo que esta misma noche regreso con dinero.

—*En bonora*<sup>50</sup> —le había respondido ella, en un tono tan ambiguo que no se sabía si escondía incredulidad o esperanza.

Aquel día, Jaim se dirigió a tientas hasta la palangana enlozada que yacía arrinconada en la esquina sur de la única habitación familiar, hundió los dedos para humedecerse apenas los párpados y despegarse las nocturnas lagañas acumuladas. En esa penumbra se había vestido y antes del amanecer se había marchado, en absoluto silencio, como siempre, detrás de su suerte.

48 Cuándo vendrá. Tarde o nunca (dicho en djudezmo).

49 Trabajo ocasional, temporario (término coloquial utilizado en algunos países de América del Sur).

50 En buena hora (del djudezmo). Deseo de buena suerte.



Niño con su gato. AGN, 1947. Inv 159682

“No tengo de qué preocuparme”, mascullaba Luna; después de todo, su esposo un mes atrás se había demorado cuatro días en regresar. Esa vez casi dos jornadas había deambulado hasta conseguir trabajo, y en las dieciocho horas siguientes ganó algunos pesos bajando fatigosamente fardos de un buque llegado de Montevideo, vía Bordeaux. El cuarto día lo utilizó para gastarse en el café la mitad de lo ganado. El *rakí* y las *bailarinas*, contorneándose al son de *chiftetellis* y *kalamantianos*<sup>51</sup>, eran su debilidad, como para otros *izmiríes*. Bojor, su hijo mayor, más de una vez tuvo que ir buscarlo y llevárselo *preto candil*<sup>52</sup> al inquilinato.

“¿Habrá pasado anoche por el café?”, se preguntaba Luna al día siguiente mientras escuchaba caer la lluvia sobre el techo de chapa. Desalentada, permaneció un largo rato con los ojos alertas clavados en los visillos de crochet que colgaban en la puerta de entrada de la habitación. Su ansiedad crecía a medida que pasaban las horas. No tenían siquiera un céntimo para comer. Le daba vergüenza pedirle dinero prestado, una vez más, a su vecina Victoria, *la istambuli*<sup>53</sup> del cuarto de al lado. Se calzó las chancletas, se abrochó el batón floreado y dando un largo bostezo acomodó la frazada sobre sus hijas Esther y Raquel, que estaban a medio destapar; hizo un metro más y miró el colchón sobre las baldosas en el que dormían sus dos hijos varones. Davico tenía un hilo de baba que mojaba la almohada y roncaba boca abajo con su antebrazo apoyado sobre la frente del infortunado Bojor que, recién despierto, observaba a su madre con los ojos entreabiertos y una mueca de ligera resignación.

Luna no había despertado a sus *biyicos*<sup>54</sup> para ir al colegio, ¿qué sentido tenía? Dora, la vecina del cuarto de adelante, le había avisado temprano que con el aguacero la calle Camargo parecía Venecia. A las diez y media de la mañana el cielo gris comenzó a aclarar, y por lo menos las veredas se dejaban transitar. Entonces terminó de despabilar a Bojor y lo mandó a ver si su padre estaba en el café; suponía que se había demorado una vez más allí. No obstante, le recomendó que de no encontrarlo en el “Izmir” recorriera otros cien metros sobre la calle Gurruchaga, hasta el *mercadito* San Bernardo:

—*Vate*<sup>55</sup> de Abraham —le dijo—, a ver si te da hígado para el gato.

51 Músicas rítmicas, turca y griega, frecuentes en el Imperio Otomano.

52 Borracho.

53 Judía sefaradí nacida en Istanbul (Estambul).

54 Hijitos (del djudezmo).

55 Ándate, márchate.

El muchacho no tardó en convencer a su hermano menor para que lo acompañara.

El agua ya había bajado de las veredas dejando las baldosas cubiertas por decenas de bolitas desprendidas de los plátanos y que deshechas alfombraban de verde musgo la cuadra.

—Por aquí no estuvo tu padre —le respondió ásperamente uno de los mozos del Café Izmir.

Los dos jóvenes se miraron inexpresivos, levantaron los hombros unos instantes y continuaron con el plan delineado por su madre; siguieron camino hasta la mitad de la siguiente cuadra, donde estaba el mercadito. A Davico, desde muy pequeño, le atrajo el ajeteo de la pollería; cada vez que pasaba observaba extasiado el puesto maloliente como si gozara de una película de suspenso sentado en una destartalada butaca del viejo cine *Rivoli*; esta vez no fue la excepción. Se detuvo allí, obnubilado, justo en el momento que degollaban un pollo. El ruidoso cacareo de las gallinas le sonaba a canturreo luctuoso de un coro redondeando un ritual que lo excitaba; disfrutó de la ceremonia macabra hasta que Bojor lo sacó del trance estirándole el cuello de la camisa con el dedo índice y se lo llevó a los empujones unos metros hasta que se chocaron con la mesada de mármol del carnicero.

—Hola, don Abraham —lo saludó Bojor.

Restregándose las manos y tomando inmediatamente el cuchillo recién afilado preguntó el carnicero:

—*¿Ke vinites a bushkar?* —. Intuyó que la compra no sería importante o que tendría que tener alguna actitud piadosa.

—Y... mire... mi mamá dice que si me puede dar un pedazo de hígado... para el gato —le dijo el hermano mayor, con cara de angelito inocente.

—Ah, hígado para el gato... A ver, ¿cuántos gatos son? —preguntó capciosamente el puestero.

—Somos yo... mi hermano, mis hermanas... somos siete —respondió Bojor rápida e ingenuamente, mientras se rascaba la cabeza y sonreía con cierto nerviosismo.

—Ah, siete gatos... —susurró don Abraham de un modo tal que sus lánguidas palabras sonaron tan rumiadas como llegadas de un eco lejano.

El carnicero hizo un dilatado silencio, miró fijamente los ojos bien abiertos de los *manzebikos*, que esperaban ansiosos una respuesta que se hizo esperar demasiado. Cuando ya comenzaban a inquietarse, el matarife abrió lentamente la

heladera y sacó un hígado grande, lo apoyó delicadamente en el mármol y volvió a levantar la vista, encontrándose nuevamente con los cuatro ojos bien redondos, que esta vez lo miraban sin pestañear y con las cejas enarcadas. Apretó disimuladamente sus labios para ocultar un repentino sentimiento de compasión por los dos imberbes y comenzó a cercenar el hígado fresco, exactamente por la mitad. Pasaban por su cabeza una tras otra imágenes de un pasado que quería perder para siempre pero que, cada tanto, lo sobresaltaban angustiándolo. Sabía muy bien qué sentían esos chicos. Él mismo había sobrellevado tempranamente demasiadas necesidades en su vida y tuvo que pedir también para comer más de una vez. Recordó la guerra, la invasión griega de Esmirna, la Bahía de Izmir, *El Karatash*, las privaciones, el hambre...

—¿Y, don Abraham? —abruptamente lo devolvió al presente la pregunta de Bojor, que no alcanzaba a entender por qué el sefaradí se había quedado medio paralizado, con el hígado ya partido en dos y la vista perdida en algún punto lejano.

Con un imperceptible movimiento de cabeza el carnicero volvió en sí, enderezó su espalda, colocó prolijamente en la bolsa uno de los pedazos de la víscera y con un brusco ademán se la alcanzó, estirando su macizo brazo sobre el mostrador.

—Toma y *vate* a tu casa —le dijo con gesto severo, evitando mostrar lástima o ternura. Enseguida resonó un apurado “¡Gracias, don Abraham!” de los hermanos, que salían a pasos rápidos del mercado, temiendo que el carnicero se arrepintiera. Ya en la calle, un mohín imperceptible y cómplice los unió y comentaron entusiasmados cómo saborearían las milanesas de hígado que les prepararía su madre, o tal vez en pedacitos saltado con cebolla. “¡Qué banquete!”, imaginaron. Se les hizo agua la boca.

—¿Le dejaremos algo al gato? —preguntaba Davico, riendo exageradamente.

Corrieron alegres hacia el conventillo, saltando entre los charcos de la vereda. Subieron la escalera de a dos escalones y pasaron como un torbellino el primer patio. Dora, la vecina de adelante, les observaba atentamente los movimientos y con una áspera y cavernosa tos, evidentemente fingida, les advertía que no toleraría que rompiesen otra maceta de malvones.

Entraron a la pieza agitados. Bojor levantó la bolsa con el hígado, mostrándoselo a su madre como un trofeo ganado con “astucia y sacrificio”. Pero algo raro pasaba; ella estaba parada al lado de la mesa, demasiado seria, con los brazos cruzados. Sus hermanas observaban sentadas, con aire de resignación a su padre estirado en la cama matrimonial, tumbado por el cansancio, durmiendo profundamente. Varios rollos de tela yacían arrumbados a un costado, contra la pared. Bojor

y Davico supieron más tarde que era el fruto final de la ganancia en la darsena, que cuando su progenitor volvía a la casa lo sorprendió el chaparrón, justo a dos metros de la entrada de El Baratillo Misterioso, la casa de compraventa. El dueño del famoso comercio, en el que se hacían los negocios más variados, lo había convencido para que se llevara un lote de saldo de telas, asegurándole que le haría una muy buena diferencia. Jaim llegó con *el bogo*<sup>56</sup> a su casa y sin un centavo, jurando que vendería los paños de algodón “sin falta, mañana”.

Ese día la familia comió hígado saltado con cebolla y arroz a la turca, de almuerzo y cena, incluso Kimaklí, el gato. Por la noche Jaim todavía trataba de convencer a Luna de que a partir del día siguiente su vida cambiaría.

—¿Adió, Lunika, ke es ese musho?<sup>57</sup>

Luna permaneció en silencio, molesta. Le había recriminado a su esposo que en vez de llevar el dinero a su casa le había llenado de telas baratas la habitación. Él se sentía en falta y nunca soportó demasiado verla enojada; decidió esperar prudentemente unos instantes a que Luna soltara alguna palabra, algún gesto de aprobación. Estuvo un par de minutos mirándole fijamente la nuca, resoplando de tanto en tanto, como reclamándole benevolencia, pero ella seguía muy seria mirando la pared.

—*iLunika vo a probar suerte!* —insistió Jaim.

—*Ke Dió mos guadre...*<sup>58</sup> —le contestó ella, con un tono que sólo denotaba escepticismo, al tiempo que meneaba la cabeza como el péndulo de un reloj.

—*El Dió es tadrozo ma no olvido, kirida*<sup>59</sup> —sentenció Jaim, procurando convencerla de que pronto vendrían días de “leche y miel”.

Sabiendo que su esposo insistía con cara de carnero degollado, y que no la dejaría en paz hasta recibir una palabra de aliento, dio vuelta la cara y le dijo:

—*Está bien, desha esa cara de simbil*<sup>60</sup> y... *iKolai liviano ke se te haga!*<sup>61</sup>

Jaim no alcanzó a sonreír cuando se escucharon gritos en el patio. Luna salió a calmar a su hija Esther, que lloraba desafortadamente por el golpe de *balero*<sup>62</sup> que le había pegado su hermano Davico, justo en el medio de la frente, sin querer.

56 Atado, fardo.

57 Musho: cara seria. “Por favor, Lunika, porque esa cara tan seria”

58 ¡Que Dios nos ayude, nos guarde!

59 Dios puede llegar tarde pero nunca olvida.

60 Deja de poner esa cara de trasero.

61 Que sea fácil el comienzo de una acción, en este caso el trabajo.

62 Juego que consiste en insertar un palillo en el único agujero de una bola de madera.



—*iGarón de Kampana*<sup>63</sup> —le gritaba Davico a Esther.

—*iGameo grande!*<sup>64</sup> —le aulló su madre—. *iMira cómo deyaste a tu hermana! ¡Ke le bizites?* —agregó, abrazando a Esther, que sollozaba.

El hijo mayor observaba aturdido la escena y decidió no intervenir. Entró al cuarto para ayudar al padre a terminar de ordenar los rollos de tela en un rincón, pero enseguida se escuchó:

—*iEl güerco me iervara a mí!*<sup>65</sup>.

—*iJaim, ven aquí, ¿es que no escuchas que tus biyos se están sacando los ojos?* —rogó Luna con desesperación.

El hombre dejó el rollo de tela que estaba acomodando y mientras salía al patio refunfuñaba: “*¿Amán, Amán, esto kere el Dió...? Patrón del mundo... Hiyos criar... fierro mashcar*”.

Bojor se quedó en el cuarto y para evadirse de la discusión entre sus padres y del barullo del patio, sacó de su roto portafolio de cuero gastado su libro de cabecera —en realidad era el único que tenía—, un obsequio de su tía Violeta, que se lo había comprado a un *cuenternik*<sup>66</sup> a precio regalado, porque le faltaban como diez páginas: *El Martín Fierro*<sup>67</sup>. Lo comenzó a leer por enésima vez. Cada vez que se reñía en la familia lo abría en la misma parte: “los hermanos sean unidos... porque si entre hermanos se pelean, los devoran los de *ajuera*”<sup>68</sup>. Cuando leía esto, imprevisamente entró Davico corriendo como una tromba y detrás, su padre, con el cinturón en la mano. Uno de los dos pisó la palangana y el agua saltó mojando a Luna, que entraba implorándole al marido:

—*Dale un sbusto... imo lo ajarves...*<sup>69</sup>.

Apenas encontró un hueco entre el atolladero, Bojor salió al patio con el libro en la mano. Allí todavía lloraba Esther, consolada por su hermana Raquel.

Se acercó inquieto don León, el vecino:

—*Amán...* Bojor, ¿qué son estos gritos?

El muchacho levantó la cabeza y antes de contestarle miró el cielo estrella-

do, recordó la tormenta con la que comenzó ese largo día, el paso por el Café Izmir, la excursión al mercadito San Bernardo para mendigar el pedazo de hígado, su padre volviendo con los bolsillos vacíos y un remanente de telas pasadas de moda. Después de ese repaso tortuoso y veloz, sacó la vista de la luna plateada y menguante en la que se había detenido y atinó a responderle al vecino:

—Está todo bien don León no se preocupe... nada nuevo... vaya tranquilo —y haciendo una pausa le agregó una expresión de deseo, que en medio del tremendo alboroto era difícil de creer—: *iNochada buena!*

Davico pasó entre León y Bojor corriendo, con las mejillas coloradas; lo seguía pesadamente su padre, resoplando y revoleando el cinturón. En la persecución el adolescente alocado se llevó por delante la maceta de malvones de doña Dora.

Bojor ahogó un grito pero se le escapó a media voz:

—iNoooo, Davico, otra vez la maceta, no!

Lentamente, y haciendo creer que no vio nada, don León se fue camino a su pieza en puntas de pie, exclamando al viento: “¡Sí... *nochada* buena!”. Sabía que lo mejor era, sin la menor duda, que su esposa Dora se enterara recién por la mañana lo de la maceta rota; cuando eso ocurriera, él ya estaría bien lejos, en su trabajo, lidiando con los metales en los Talleres Máspero. Mejor era no oír a su *muyer kafrar*<sup>70</sup> cuando le tocaban sus *plantikas*.

Una hora después, cuando todo había vuelto a la “normalidad”, Luna se acercó a tapar a sus *biyos*. Davico dormía boca abajo, tenía ardiendo las nalgas de las dos veces que lo alcanzó la hebilla del grueso cinturón de cuero de su padre. A su lado, Bojor, que fingía estar dormido, apretaba sobre su pecho el *Martín Fierro*. Su madre se lo sacó despacio y lo dejó sobre la mesa. El libro estaba abierto en la página sesenta y ocho en la que una estrofa, marcada alguna vez con lápiz por su hijo, sobresalía de las demás: “. . . Y recuerde cada cual / lo que cada cual sufrió / que lo que es, amigo mío yo / hago ans<sup>71</sup> la cuenta mía: ya lo pasado pasó, / mañana será otro día”.

Luna se acostó al lado de su marido, que quebraba el silencio del cuarto roncando como un volcán en plena erupción. Todos dormían menos ella, creyó. Había sido una movida y embarazosa jornada. En la soledad de su vigilia dio un agudo y esforzado golpe de vista al cuarto, a las inmóviles siluetas recortadas que apenas se dejaban ver en el espacio semi oscuro: Jaim, otra vez en casa; en la cama chica sus dos *biyas* y en el colchón del piso, sus dos *biyos*. Kimaklí, el gato, dormía enroscado

<sup>70</sup> Mujer que protesta enojada.

<sup>71</sup> Así.

<sup>63</sup> Que habla alto o grita, como campana que suena fuerte.

<sup>64</sup> Camello. Se dice del torpe que hace cosas de chicos, o del ignorante.

<sup>65</sup> En una situación difícil, me lleva el Diablo.

<sup>66</sup> Vendedor ambulante que da crédito. Vende en cuotas. Trabajo frecuente de los judíos en el siglo xx.

<sup>67</sup> Libro tradicional argentino escrito por José Hernández en el siglo xix. Obra que en versos describe las vicisitudes del gaucho argentino.

<sup>68</sup> Afuera.

<sup>69</sup> Asústalo, no lo dañes.

arriba de un rollo de tela rayada. Estaban los siete, habían cenado. ¿Podía pedir algo más? Se puso de costado, apretó sus manos entrelazando los dedos y antes de cerrar los ojos, para darse ánimo, recordó aquel viejo dicho: “*El Dió manda belada asigún la muntanya*”<sup>72</sup>. Respiró profundo, cerró los ojos y justo antes de ser vencida por el sueño, escuchó la media voz casi secreta de Bojor que, despidiéndose del insomnio, le decía: “*Má... inochada buena!*”.

—*Nochada buena, hiyico... Nochada buena* —le respondió con ternura y se durmieron.



---

<sup>72</sup> Dicho que revela un Dios que envía pruebas y pesares pero acordes a quienes están preparados para recibirlos y sacar sabiduría de las mismas.



Feria en una calle de Buenos Aires. 1958.( Archivo Fraga).

## La feria

Nada más pintoresco, bullicioso y popular que la feria, notable institución que en la antigüedad como en mi infancia maravilló a la concurrencia con sus puestos coloridos con todo tipo de alimentos, enseres y vituallas.

La historia de las ferias y mercados es casi tan antigua como la humanidad misma. En los barrios de la ciudad de Buenos Aires, en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, las ferias municipales tenían dos tiempos bien marcados que condicionaban su aspecto: la mañana y el atardecer. Con la primera luz del alba *los feriantes* ordenaban sus cajones de frutas y verduras, hormas de quesos, variedad de carnes, huevos frescos, fiambres, y en el medio de ese caos semi-organizado sobresalían los ensordecedores cacareos de los gallináceos a la espera de ser decapitados y desplumados.

Los puesteros ostentaban orgullosos sus pringosos y amarillentos delantales, y exageraban sus pregones a los gritos para vender sus productos a las matronas, que solían lucir vistosos batones rayados o a lunares en tanto arrastraban sus ruidosas sandalias y chancletas. De esa maravillosa Babel también formaban parte elegantes amas de casa de clase media, y no faltaban algunas finas señoronas acompañadas por sus *sirvientitas*<sup>73</sup>, dispuestas a cargar las pesadas bolsas o arrastrar los *changos*<sup>74</sup> repletos de compras.

Después del mediodía algo había cambiado: viejas *chatas*<sup>75</sup> y camionetas ya se habían llevado la mercadería que los puesteros no habían llegado a vender.

<sup>73</sup> Sirvienta: expresión frecuente para referirse en el siglo xx a las empleadas domésticas, mucamas o criadas.

<sup>74</sup> Carritos utilizados para acarrear las compras.

<sup>75</sup> Vehículos para transporte de mercaderías.

Baldeados el empedrado y las veredas, quedaba ese típico vaho que inevitablemente merodeaba un largo rato por la cuadra. Todo lentamente se aquietaba, mientras algún menesteroso levantaba de los tachos de residuos los pocos *restos útiles* abandonados antes de que pasara el camión de recolección de basura.

Con el sol al oeste, y ya alejado el ajetreo, los fríos y solitarios puestos semejaban un gran cementerio de esqueletos de dinosaurios. Ese apacible momento de la siesta terminaba cuando desde los zaguanes asomaban nuestros iniciales berretines, juegos y artimañas. Entre esos fierros mudos desplegábamos un fenomenal batifondo, el bochinche de nuestros jóvenes espíritus revoltosos. Y allí —encaramados sobre los puestos vacíos de la feria— éramos *Tarzán, Gulliver o Peter Pan*; nuestra ley era divertimos, nuestro norte, la amistad. Despertaban la *mancha* y la *escondida*<sup>76</sup>, pisábamos o quemábamos con fósforos los gusanos de choclos y manzanas que aún se ocultaban entre los resquicios de los adoquines.

En las tardes calurosas nos quitábamos las camisas y, sacudiéndolas, cazábamos bellas y desprevenidas mariposas multicolores a las que yo —culposo— finalmente liberaba. La feria y los gnomos que habitaban en ella en el crepúsculo del atardecer eran de nuestra entera propiedad. Nosotros éramos en aquel tiempo soberanos.

Lugar de fama fue la feria de la calle Padilla, que no era sólo patrimonio de mi cuadra, la municipalidad disponía que rotara cada tantos meses por distintas calles del barrio de Villa Crespo; no obstante, cuando sus puestos anidaban entre los cordones de nuestras veredas, y aunque muchos vecinos la maldijeran por sus olores y suciedades, nosotros disfrutábamos de su paisaje repleto de recovecos, seguro escenario para nuestros juegos, bromas y sueños. La feria, al fin, fue un inolvidable *regalo* a mi infancia y, por ende, ha pasado a ser propiedad grata de mi nostálgica memoria.



---

76 Juegos de niños.



Frente del antiguo Bar Izmir. ( Archivo Carlos Szwarczer)

## ***Caminata otoñal*** (regreso a la inocencia)

Cerró la puerta de la pensión en la que mal vivía y se echó a andar. Le habían dado un lugar para dormir gracias a la gestión de un influyente sefaradí que se apiadó de él. Estaba abatido. No podía creer que su malhadada existencia galopara desbocada por senderos tan antojadizos. “Una bien, otra mal, una bien, otra mal...”, pensaba. Arrastrando sus pies, cambió su habitual recorrido, sin motivo alguno. Esta vez encaró la calle Gurruchaga hacia la izquierda. Miró hacia la vereda de enfrente. Dos ángeles de estuco lo observaban con misericordia desde los altos muros de la Iglesia San Bernardo.

—*¡Qué gameo!* ¿Quién me habrá dicho que me meta en el negocio de las licitaciones? ¡Yo sabía que me iba a pasar esto. Vender camisas, tocar el cielo, casa nueva, auto último modelo, *guita*<sup>77</sup>... Y después, como siempre, perder todo! —se decía, repasando sus últimos años, moviendo la cabeza hacia uno y otro lado y apretándose los labios entrecortando ese rezongo que le brotaba como quejosa plegaria.

Dos chicos que volvían a sus casas desde el Colegio Herrera lo observaron y se codearon. Su aspecto era lo suficientemente extraño como para llamar la atención. Había salido de esa *pensión-geriátrico* tan ensimismado como desalineado; ni se había peinado. Su cabello, otrora renegrido, encanecido demasiado rápidamente desde la muerte de su esposa, mostraba cientos de pelos parados como un cepillo viejo y escarchado. José percibió esas miradas raras, frunció el ceño y atinó a aplastarse con la mano derecha su abundante y desprolija pelambre, volviendo tan profundamente a sus embarullados pensamientos que no advirtió las risotadas juveniles a su espalda.

<sup>77</sup> Dinero (del lunfardo).

En la esquina de la calle Murillo se frenó instintivamente poco antes de llegar al cordón de la vereda. Vaya a saber por qué caprichos de su mente apareció la inesperada y brillante imagen de su abuela fumando aquellos cigarros negros que apestaban el aire del inquinato. Linda, robusta, peleadora. Hasta había acuchillado a un turco allá en Esmirna. Tuvo que hacerse respetar e ingeniárselas para darle de comer a sus tres hijos. En Turquía, su marido, Jaim, cumplió cinco años de servicio militar y fue larga su ausencia durante la guerra. A José le contaron que sus familiares vinieron a Buenos Aires desde el sector más pobre del *Karatash*, el barrio judío de Esmirna, y que su abuelo demostró tempranamente quién era, como para que no quedaran dudas: perdió la *pilcha*<sup>78</sup> del *casorio*<sup>79</sup> jugándosela a los dados. José mostraba su pícara sonrisa cuando tenía la ocasión de explicar su teoría: la descendencia masculina heredaría de aquel patriarca familiar esa irresistible inclinación por el juego. En charla de amigos, además, reconocía con orgullo el carácter fuerte y pendenciero de su abuela, la que había dado tanto que hablar a medio barrio. Cómo se peleaba esa mujer con los vecinos, sentada en su destartalada silla de mimbre en la vereda, alardeando con su infaltable cigarro negro a un costado de la boca y señalando con el dedo índice. Nadie se le atrevía.

—¡Qué tiempos...! —murmuró José, emprendiendo absurdamente el cruce de Murillo a ciegas. Una bocina desesperada y el escandaloso ruido de los frenos de una camioneta Ford 400 lo ensordecieron hasta paralizarlo. El paragolpes metálico estaba a no más de un centímetro de su rodilla. Se quedó aturdido y temblando. “¡Qué torpeza la mía!”, rumió asustado.

—¡Imbécil! ¿Cómo te largás a cruzar de golpe? ¿Te querés matar? —lo increpó el conductor del vehículo.

José, casi sin entender qué le había sucedido, recorrió la otra mitad de la calle, pero ahora con sus ojos exageradamente abiertos y abotargados clavados en la figura del joven que aún le gritaba por la ventanilla de *la Ford*. Su corazón agitado le percutía en la garganta y se balanceó sobre el cordón de la vereda como si estuviera sobre una baldosa enjabonada. Se recompuso, sacudió la cabeza y tomó conciencia de que estuvo a punto de perder su frágil vida.

—*¿Pero estoy charpeado, en dónde tengo el meoio?* —exclamó apretándose las manos y mirando el cielo demasiado celeste.

Dio unos pasos y, tal vez porque instintivamente sabía que no había peligro inmediato en los próximos cien metros —hasta la próxima esquina—, volvió a meterse de lleno en el túnel de los recuerdos mientras caminaba. Que lo echaran de la casa de su hijo era lo último que hubiera esperado. “¿Por qué no habré sacado el carácter temerario de mi abuela y atreverme a ponerle un cuchillo en el cuello a mi nuera... cómo pudo tratarme como un perro?”, rezongó. “No... estas reacciones no son de gente como yo. ¿Qué me está pasando?”, se sorprendió de sus disparatados razonamientos. “*¡En qué jal vinimos!*”<sup>80</sup>, solía decir su abuela para expresar los malos momentos, y a José le rondaron estas antiguas y lejanas palabras. Sentía amargamente que en el último tramo de su vida se encontraba en una humillante situación que no creía merecer. De chico había sido rebelde, buscavidas, peleador, pero los años lo amansaron; los infalibles porrazos en su camino y su *mala estrea* fueron domando, de a poco, su carácter díscolo, restos de una remota osadía. Estaba entregado. En los últimos tiempos se sentía como aquel barrilete de su niñez al que se le cortó el hilo y fue llevado por el viento... *hacia ningún lugar*.

Al llegar a la esquina de Padilla decidió abandonar por un momento sus pensamientos y miró la calle antes de cruzar. Dejó pasar un micro naranja con niños que iban o venían de algún colegio cercano, esta vez con los pies firmes apoyados en el cordón y, ya sin vehículos cercanos, apuró el paso y cruzó. Al llegar a la mitad de la cuadra escuchó la voz estridente de Roberto, su amigo de juergas, que le gritaba desde la entrada del mercadito de enfrente: “Eh, José, ¿vas al Café San Bernardo?”.

—No, no tengo un *mango*<sup>81</sup> para *morfar*<sup>82</sup>. . . no voy a ir al café a jugar a las cartas —le contestó, arreglándose otra vez la cabellera y levantando la mano para saludar a su amigo.

—¡No seas llorón! —le recriminó Roberto, que resignadamente encogió los hombros y mientras se alejaba le gritó su frase habitual—: ¡Chau!... Che... ino te pierdas Josecito!

José continuó su periplo en ese día frío y esquivo, aunque el sol que le daba de frente acariciaba su rostro. Por un rato disfrutó de ese regalo de la naturaleza que le arrancó una media sonrisa de satisfacción. Pero enseguida volvió a sumergirse en sus largas cavilaciones: “¡Cuánta plata perdí en el juego, con la cuarta parte de lo que despilfararé podría vivir tranquilo y no de la compasión de los demás...!”.

80 ¡A qué situación llegamos! ((djudezmo/judeo-español).

81 Dinero (del lunfardo)

82 Comer (del lunfardo)

78 Ropa (del lunfardo).

79 Casamiento (del lunfardo).

Al llegar a la ochava de la calle Camargo miró a la izquierda, hacia la mitad de cuadra, no había nadie conocido en la puerta del Templo Sefaradí, excepto dos *mastodontes* del servicio de seguridad. Ese sitio ya no era el mismo desde los atentados a la Embajada de Israel y la AMIA: habían construido *esos pilares* para protección y tenía custodia permanente. Posó sus ojos marrones en la vereda de enfrente, en el nuevo negocio que por años fuera el almacén de “muñeco” Goldfarb. “¿Qué habrá sido de aquel flaco y pálido ashkenazí que rara vez su rostro veía la luz del sol? El pobre se pasaba día tras día parapetado detrás de su roja máquina de cortar fiambres”, recordó con nostalgia.

Dejó pasar un colectivo 65 y cruzó la calle. Los cien metros siguientes hasta la gran avenida Corrientes no fueron sencillos de recorrer. La enorme red de su memoria lo atraparía hasta casi inmovilizarlo. Intuía que los recuerdos le traerían imágenes inevitables. Se dejó llevar lentamente por sus flacas y huesudas piernas, atraído por los claroscuros de su pasado. De chico había vivido en un inquilinato de esa cuadra por casi veinte años, cuando todo era distinto. Buenos Aires, Villa Crespo, la calle Gurruchaga... , cómo habían cambiado, tanto como su propia vida.

Momentos de su infancia fueron pasando del sepia al color. Su padre —que había hecho de todo para sobrevivir— fue *changarín*<sup>83</sup> en el puerto, mozo de bodas y de café, vendedor ambulante y “¡qué gran bailarín!”: por el arte de su danza armoniosa manteniendo una botella sobre la cabeza sin que se le cayera, acompañándose con un par de cucharas marcando el ritmo oriental, tuvo cierta fama como para ganarse muchos aplausos, unos pocos pesos de propina y algunas copas sin cargo. Los últimos años *se chupaba* hasta una botella de whisky en el día. Fue tan *bueno* como *tarambana*, se gastaba todo con los amigos, en el café, en las carreras de caballos, jugando en el póquer... hasta lo que no tenía.

Ese *trágico gen familiar* los persiguió por generaciones. El abuelo de José vino a “*la Amerika*” con ese *vicio del juego*, y un tío abuelo fue célebre por sus juergas desmedidas, jugosas anécdotas que hasta se mencionan en algunos libros que cuentan la historia del barrio. Ni su padre fue ajeno a esta pasión lúdica y, para qué negarlo, José tampoco. *¡Ese maldito gen!* Pobre su madre, tuvo que rebuscársela lavando ropa para los paisanos. Pero claro que era otra época. Si no había plata se las arreglaban. Ella, con un peso que le daba su esposo, hacía las cuatro comidas.

“¡Era un milagro!”. Comían “*queso rallado al tandur*”<sup>84</sup>. “¡Qué rico..., había alegría!”. Derretían el queso con pan y lo acompañaban con té y salmodiaban: “*Hoy cumimos, a Dios bendicimos y mañana veremos*”.

“Yo fui feliz”, se decía José y, atraído por una fuerza extraña que lo sacó abruptamente de sus elucubraciones, se detuvo frente al número 432. El local exhibía sus persianas marrón oscuro bajas y oxidadas. Era el Café Izmir, que había cerrado tiempo atrás. ¿Cuánto hacía que no pasaba por su frente? Los últimos años había cambiado mucho porque se fueron muriendo los viejos turcos sefaradíes como su padre. El local cerrado que tenía ante su vista había perdido sus características orientales y también la fama que supo tener en el barrio. Lo habían dejado deteriorarse, fue agonizando de a poco. Pero todavía estaba allí, resistiéndose a desaparecer del todo. José se quedó duro frente a la persiana central, la más angosta, la que ocultaba la doble puerta vaivén de madera noble por la que habían pasado cientos de veces su abuelo, sus tíos, su padre y tantos otros. Hubiera sido un pecado seguir de largo y no recordar que sus familiares contaron más las horas allí que en sus propias casas. “¿Qué encanto habrá tenido este sitio para atrapar tan fuertemente a los varones de mi familia?”, se preguntó. Él no podía explicarse con exactitud qué representó ese café para los sefaradíes, griegos, armenios, pero estaba seguro de que pasar, aunque sea un rato por allí, fue casi una obligación para todos ellos; era como ir a un templo o a una iglesia, encontraban algo de sus lejanas tierras. Se entretenían, jugaban a los naipes, escuchaban música, comían y bebían esos exquisitos manjares orientales, y las bailarinas... ¡Ah... las bailarinas!, cómo les gustaban a sus mayores. Tantas veces su madre lo mandó a buscar a su padre y cuántas veces él le contestó “*¡Váte de aquí biyico, no fastidies!*”. Frecuentemente José observaba de reojo el interior tras esa neblina impregnada del espeso humo de tabaco fuerte y de las comidas *turcas*, aromas imprescindibles que llegaban hasta la calle. Sus tíos y su padre, eternos jugadores de cartas, cuando lo veían parado y desgarbado en el umbral de entrada mirando hacia adentro, empujaban el aire rítmicamente con las manos, desde el fondo del local, enviándole la señal cotidiana: “no molestes”. Tampoco conseguía que sus parientes le dieran los cinco centavos que valía la pelota para jugar con los pibes de la barrita de Camargo. Siempre ese ademán desde el fondo del café lo invitaba a irse. Era parte de los tantos ritos cotidianos. Su madre

83 Mozo de cordel

84 Tandur: Braserero (del djudezmo, palabra de origen turco).

lo volvía a mandar una y otra vez: “*iDile a tu padre ke ya me enfazió*”<sup>85</sup>, que o viene ya o se queda sin *cumida*!”.

“Cuántas cosas, ¿no? ¿En qué lugar estará guardado todo lo que pasa en la vida, Dios mío?”, filosofaba abstraído ante los vestigios del bar cerrado. Su abuela siempre le decía: “*iTú te akodrarás de tu chikez kuando peor estás!*”.

Y parado como un soldado, frente al viejo y gastado umbral del Izmir, José sintió un escalofrío que le subió desde la espalda y por los brazos hasta el cuello. Se vio sesenta años atrás, frente a ese mismo umbral, un gélido día de otoño preñado de *dignidad y honor*. Tenía ocho años. Salía del colegio camino al conventillo. En la vereda del café escuchó que un metro atrás Simón, un compañero *ashkenazí*, le gritaba: “*iEb. . . sardina!*”. La inversión de la tercera y cuarta letra de su apellido tenía el objetivo evidente de la burla, de dejarlo contrariado, le estaba diciendo “pescado”.

José se dio media vuelta, tiró su portafolio al piso y dio comienzo a una memorable batalla que le dejaría una huella imborrable en el corazón. Los imberbes parecían dos feroces combatientes a muerte. Los nudillos vírgenes de Josecito dieron de lleno en el ojo derecho del provocador. Rápidamente algunos vecinos y vendedores ambulantes los rodearon y uno de ellos intentó separarlos, pero fue imposible. Dentro del café estaban su abuelo, su padre y sus tíos sentados impasibles en dos mesas, escuchando un *chiftetelli* de un gastado disco de pasta. Ninguno atinó a moverse ni cuando el pequeño, *la flor y nata de su linaje*, recibió una patada en el estómago que lo obligó a doblarse por el dolor.

Frente a las persianas bajas y mortecinas recordó a su padre con los brazos cruzados sentado en el ventanal, con el cigarrillo en la boca y una copa de *rakí* a medio tomar sobre la mesa, sin hacer un mínimo gesto cuando delante de sus propios ojos su único hijo, enredado con el adversario se revolcaba por el piso. Incluso, después le contarían que su progenitor frenó a los gritos a un parroquiano que salía a parar la lucha: “*iDéjalo!*”, había ordenado secamente, “*iqué se haga hombre!*”.

Con un párpado hinchado y el labio inferior ensangrentado Simón salió corriendo para evitar otra dura mano del pequeño José, que con voz llorosa y entrecortada le gritaba: “*iVení, cobarde, no te escapes! ¡Sardinas te voy a dar!*”. Medio maltrecho se acomodó el guardapolvo, miró a su padre a los ojos a través del vidrio de la ventana guillotina, pero no obtuvo ni una ligera mueca de él. Levantó su portafolio del piso mientras algunos vecinos le palmeaban la espalda por su faena: “*iBien José,*

bien. . . así se hace!”), le decían. Se sintió casi un hombre.

Había salvado el *honor* y la *dignidad*. Ese chiquito, que apenas empezaba a vivir, observó de soslayo a los parcos y circunspectos varones de su misma sangre reprimiendo exteriorizar el primitivo placer de la victoria de uno de su tribu. El grupo escondió su alegría detrás de extrañas señas y ademanes contenidos que José no lograba entender. Cuando apenas había hecho unos pasos hacia el conventillo, distante a pocos metros del café, recién ahí se escuchó un estallido de aplausos *esmirlies*: era el jolgorio *djidió*<sup>86</sup> por su victoria. El tiempo le haría comprender la aparente indiferencia y apatía de su parentela durante aquel combate iniciático. Esa noche su padre extrañamente llegó temprano a cenar ante la sorpresa de la familia, y después de saludar con un grito a su esposa Rebeca, se acercó a Josecito y simplemente, sin decirle palabra, le manifestó su orgullo revolviéndole el pelo con sus enormes dedos índice y anular, apenas unos segundos, pero fue un gesto que su hijo jamás olvidaría.

“*¡Qué maneras tenían antes para decir te quiero...!*”, se lamentó José con la mirada colgada en el vacío del presente. De pronto, una hoja cayó del añoso fresno; apenas le rozó la mejilla, pero le dio la sensación de un cachetazo. Se vio nuevamente frente al añoso umbral del café y advirtió que dos lágrimas se le deslizaban, sin querer, zigzagueando entre los pelos de su breve barba de seis días. Quiso ignorar el llanto que se precipitaba, pero le fue imposible, no solamente porque enseguida le llegó un sabor salado a su boca, sino porque aquellos dos hilos salobres se encargaron de llamar a la mar. José comenzó a sollozar desconsoladamente frente al Café Izmir. Tocó unos instantes la persiana herrumbrosa y en un gesto de reverencia llevó los dedos a sus labios y los besó con ternura, cerró fuertemente los ojos y volvió a apoyar su mano en la cortina metálica, como si fuera un sector del Muro de los Lamentos. “*iTú te akodrarás de tu chikez kuando peor estás!*”, volvió a escuchar las palabras sabias y premonitorias de su admirada abuela. Hizo unos pasos, miró el lugar donde años atrás estuvo el conventillo en el que vivió hasta los veintitantos, y para no volverse a emocionar continuó su marcha hasta la avenida Corrientes.

Todavía aturdido, no alcanzó a recordar de qué se lamentaba al salir de la pensión, ni hacia dónde iba. Y con paso cansino, acompañado por un pertinaz séquito de *ángeles y demonios* que se resistían a dejarlo en paz, se perdió entre la gente, “como aquel barrilete a merced de los caprichos del viento. . . hacia ningún lugar”.

85 *Enfaziar*: Enfadar, aburrir, cansar (del djudezmo).

86 *Judío*. Sefaradí (del djudezmo).



## Mi tío, el fútbol y los ravioles azulgranas



Tribuna del viejo Gasómetro, estadio de San Lorenzo. AGN, 1951

El fútbol, esa denominada *pasión de multitudes*, no fue ajena a mi niñez. Durante un tiempo fui hinchas de Boca Juniors, seguramente porque la mayoría de mis amigos lo eran, hasta que mi tío Alberto me produjo un feroz lavado de cerebro, y de tibio “bostero”<sup>87</sup> pasé a “cuervo”<sup>88</sup> fanático, es decir, hinchas de San Lorenzo de Almagro. Si debo buscar otro motivo que me empujó a cambiar mi simpatía por otro equipo fue la irresistible seducción que ejerció sobre mí el color azulgrana de la camiseta. Fui a ver el primer partido y dije: “¡No hay camiseta más linda!”.

La obsesión de *la barra* por el *balompié* dejaba —casi siempre— varios damnificados en toda la cuadra. Con el fervor puesto en nuestro inocente juego rompíamos vidrios de puertas, banderolas o ventanales, y unos cuantos vecinos sufrían la interrupción de sus solemnes y aletargadas siestas con nuestros desenfrenados gritos de gol. Siempre era igual. Nos maldecían en todos los tonos hasta que, hartos de tanto escándalo, llamaban a la mismísima policía; recién entonces nos dispersábamos, quedando por un rato esparcidos en pequeños grupos, y, sentados en los umbrales de distintas casas, nos creíamos unos *vivos bárbaros* silbando en ronda, creyendo disimular nuestras ruidosas actividades lúdicas, hasta que alguno gritaba: “¡Guarda que viene la *cana*!”<sup>89</sup>. Pusilánimes, salíamos corriendo para ocultarnos definitivamente en nuestras casas hasta la próxima vez.

Iba a ver a San Lorenzo con mi tío Alberto cuando *el Ciclón*<sup>90</sup> jugaba de local en el *viejo Gasómetro* de avenida La Plata. Esos mediodías de domingo llegába-

87 Palabra con la que en la Argentina se alude al hinchas del club Boca Juniors.

88 Uno de los términos con los que se conoce al hinchas del club San Lorenzo de Almagro.

89 Cana: policía. “*Cuidado que viene la policía*”.

90 “*El Ciclón*”. Uno de los apodosos por los que se conoce al club *San Lorenzo de Almagro*.

mos a la casa de sus padres, don Ernesto y doña Nélica, en la calle Asamblea, donde media familia comía los infaltables raviolos caseros. Una hora antes de comenzar el partido pasábamos por algunos cafés de los alrededores para ir palpitando las alternativas entre los amigotes de mi tío. Primero por el café de la esquina de Asamblea y Senillosa, y más tarde por el bar San Lorenzo, de avenida La Plata y Santander, justo frente a la cancha. Después, si algún integrante de la comisión de fútbol del club no le había conseguido las entradas, el muy caradura se *chamuyaba*<sup>91</sup> a los controles de la entrada al estadio para ingresar gratis, y una vez dentro, repetía el esquema con *los de la platea*, a los que generalmente conocía. La cosa se complicaba cuando se jugaba un partido importante y las mejores localidades ya estaban vendidas; entonces nos conformábamos viéndolo indefectiblemente desde *la popular*.

Eran tiempos en los que iba mucha gente a las canchas, que eran más seguras. Alguna situación difícil se producía si había una avalancha en las tribunas. La violencia eventualmente aparecía entre las *barras bravas* a la salida de estadio; este era uno de los momentos de cierto riesgo, evitado, simplemente, retirándonos unos minutos antes o después de terminar el partido. Para mí, esos domingos soñados culminaban con la costumbre de esperar al equipo cuando salía por la explanada que daba a la calle Las Casas; frecuentemente por allí llegaban varios jugadores hacia la vereda: Facundo, Rossi, Páez y otros, pero el más esperado y ovacionado era “el nene” Sanfilippo, el *crack*, el goleador.

Mi tío se las arreglaba para dejarme contento de cualquier manera y, de paso, enaltecía su ego. Era capaz de hacer cualquier cosa: a Sanfilippo, que nunca fue demasiado simpático, lo rodeaban muchísimos *fans* pidiéndole autógrafos. Un día, el *chanta*<sup>92</sup> de mi tío, con un movimiento magistral, logró quedar al lado del Fiat 600 del jugador. Cuando estaba llegando, le dijo, como si fueran grandes amigos: “¡Che *nene!*, ¿qué decís?”, y sin esperar respuesta, le agregó: “¡Mirá!, te presento a mi sobrino”. El genial diez de San Lorenzo y la Selección Nacional me observó y al tiempo que esbozó una inesperada sonrisa tuvo un gesto de cariño revolviéndome el pelo con sus dedos. Yo me quedé duro como una estaca, no lo podía creer, me parecía un sueño. Inmediatamente entró a su automóvil, y apenas cerró la puerta bajó la ventanilla, me volvió a mirar, extendiéndome la mano en un saludo final, y

sin hablarle a mi tío y ni siquiera volver a mirarlo, puso en marcha el motor y se fue perdiendo entre la muchedumbre que le abría el paso. Mientras se alejaba, mi tío le gritaba inútilmente: “¡Nos vemos, *nene!* ¡Nos vemos!”. Pero esa tarde imborrable, para mí, el ídolo no fue Sanfilippo: el verdadero *crack* había sido mi tío Alberto.

91 Chamuyo: palabrería que tiene el propósito de impresionar o convencer (del lunfardo).

92 Deriva del genovés *ciantapuffi*: que no paga sus deudas. Se dice también del *fanfarrón*, persona a la que le gusta hacer alarde de los conocimientos o de las relaciones que en realidad no posee, o jactarse de lo que no es.



Abrazo cariñoso en la plaza. AGN, 1967.

## ***El despertar de los instintos***

Tenía apenas cinco años, iba al jardín de infantes del Colegio Buenos Aires y me había enamorado perdidamente de mi maestra, una hermosa mujer de veintitantos años, de rostro angelical y ojos claros como un cielo sin nubes. Desde ya, tener un amor platónico con una maestra no es una vivencia demasiado original, pero cuando me llamaba dulcemente “*Carlitos*” me derretía, sobre todo si además me daba un tierno beso en mis mejillas coloradas y húmedas de tantas lágrimas por resistirme a entrar al aula. Así, ella me rogaba para que me calmara, entrara, no me fuera, mientras mi madre esperaba con cara desencajada e impaciente en el patio. Cómo no enamorarme por primera vez, si mi *querida señorita* logró con comprensión y cariño que le perdiera el miedo al aula. Pasaron los años y nunca más encontré tanta belleza, armonía y finas facciones dentro de un guardapolvo blanco. Eso recuerdo. Imposible olvidarla...

Pero desde ese amor precoz, silencioso y platónico, no pasaría mucho tiempo para que me invadieran la curiosidad y ciertos atrevimientos con las mujeres de mi entorno.

Pertenecíamos a una familia de clase media que vivía modestamente. La precaria salud de mi abuela llevaría a mi madre a tener que cuidarla y, además, a buscar un ingreso para ayudar a mi padre y cubrir todos los gastos; como de pequeña aprendió a aplicar inyecciones cuando atendía a mi abuela, fue este conocimiento el que le daría una salida laboral: se convirtió en la enfermera del barrio, *especialista* en inyecciones. Por cierto, fue un ingreso económico extra que permitió cubrir la necesidad de contratar a empleadas domésticas para mantener limpia la casa, cocinar, lavar y cuidar de mis hermanas menores y de mí mientras mi madre no estaba.

Vivíamos en un tercer piso de un departamento de la calle Serrano, casi esquina Corrientes. Un día tomé desprevenida a la empleada doméstica de entonces y no sé por qué, tentado por una insolente curiosidad, intenté levantarle la pollera. Después de un par de ensayos fallidos, por su obstinada resistencia, mientras ella pasaba cera a los pisos logré mi anhelado objetivo: pude verle la bombacha rosa pálido con puntillas blancas. . . pero el empujón que me pegó me hizo ver también las estrellas; caí rodando varios escalones, con tal mala suerte que me clavé en mi blanda e *inocente* cabecita el borde de la lata de cera que había quedado abierta en el piso. Me brotó abundante sangre y tuvieron que llevarme de urgencia al hospital, donde me dieron varios puntos de sutura. La empleada perdió su trabajo a pesar de explicarles a mis padres de todas las maneras posibles que yo era un demonio y ella una pobre e incauta víctima de un “pequeño degenerado”.

Desde mis seis años hasta los trece pasamos a vivir a un inquilinato ubicado en la calle Padilla, entre Malabia y Acevedo. Recuerdo a Carmen, otra empleada doméstica: parecía perseguido por *un karma* justo en mi etapa de candorosa virginidad. Esa pequeña morocha de catorce o quince años, cuando mis padres no estaban, con el pretexto de *jugar*, me tiraba toda su flacura encima y me pellizcaba por todas partes. Bonita, de ojos negros enormes y vivarachos, de su figura grácil sobresalían apenas dos protuberancias acordes al formato en punta que los corpiños daban a los pechos femeninos de comienzos de los años sesenta. Yo era una criatura y respondía como tal, aunque mi devolución de tímidos pellizcos la hacían pasar de una sonrisa seductora a una carcajada libidinosa que yo no alcanzaba a comprender redondamente. Y así, nos corríamos en un inofensivo círculo lúdico en el que prevalecía mi efímera pureza para culminar —sin más— a las carcajadas mientras mis padres no estaban en la casa. Claro que eran los juegos de una pequeña mujercita, recientemente desarrollada, y un niño curioso que aún no había madurado sexualmente pero que respondía confundido ante extrañas y agradables sensaciones.

Poco a poco me fue interesando el bello sexo en otro sentido. Entre los chicos de *la barra*, mientras jugábamos a las figuritas o a las bolitas, comenzamos a observar a las chicas más detenidamente. Posé mis ojos en una vecinita del inquilinato, que tenía dos o tres años más que yo; me gustaba verle el movimiento de sus caderas mientras bailábamos el *twist* y le sacábamos brillo a las viejas baldosas del patio, pero solía quedarme petrificado observándole sus pechos, que mientras planchaba la ropa, casi se le escapaban de su escotada remera de verano. Cuando ella advertía mi indiscreción, contrariada, enderezaba su columna y yo creía ocultar mi novel impudicia girando los ojos desenfrenados hacia otro lado.

Pasó el tiempo y, aunque fantaseaba con las mujeres rubias de las películas norteamericanas, un verdadero movilizador de hormonas fue Delia, nuestra *sirvienta*, como solíamos llamar por entonces a las empleadas domésticas. *¿Tenía la idea fija con esas jovencitas unos pocos años mayores que yo?* La realidad es que eran las mujeres que en aquella época tenía más cerca, más a mano, y en mi propia casa. Esta *diosa morena*, de rotundas y agradables formas, despertaba mis más reprimidos instintos sexuales, sobre todo cuando se subía a un banquito para acomodar las ollas en la alacena y desparramaba ante mis ojos un espectáculo apocalíptico, inenarrable. La observaba con la boca abierta y al borde de la baba. Su piel cobre, reluciente, su pelo lacio renegrido, sus pechos turgentes y sobre todo sus piernas fornidas que le sostenían un trasero tan bien marcado por el vestidito floreado de poliamida fue, no me da vergüenza reconocerlo, una de las imágenes más deliciosamente perturbadoras que me acompañó durante mucho tiempo. Lástima que Delia tuvo que marcharse justo cuando yo, después de mucho meditar, había tomado coraje para intentar la *invasión extranjera* a los vergeles exuberantes y misteriosos del *nuevo mundo*. La sutil trampa que a mis trece años preparé para esa hermosa *pantera nativa* habría de quedar para otra oportunidad. Se me escapó *la presa* cuando un familiar de la provincia de Santiago del Estero la mandó a llamar repentinamente para volver a sus pagos, y Delia nos dejó de un día para el otro, para siempre.

Más o menos un año después, aproximadamente a los quince, tendría mi debut sexual. Fue intenso y placentero, tan espontáneo y natural que —si bien no lo hice por amor— guardo un grato recuerdo de ese encuentro iniciático que repetimos a escondidas durante varios meses. El nombre de *la bella dama* prefiero no mencionarlo, dando lugar a la discreción. Solamente diré que, perseguido por ese inseparable *karma*, como no podía ser de otro modo, fue con una joven empleada doméstica que trabajaba en la casa de mis abuelos.

Después de esos primeros años de experimentación, del despertar de mis instintos, incentivado por aquellas *jóvenes doncellas*, y de mi tan deseado debut sexual, pasaría a una nueva etapa. Se hicieron frecuentes las salidas con mis amigos para ir a bailar a los clubes de barrio, cumpleaños y demás actividades en lugares sociales que fueron nuevos ámbitos en los que aparecieron las noviecitas y surgieron, inevitables, esos primeros amores y desamores imborrables, tampoco faltaron angustias por rupturas de noviazgos ni los más apasionados momentos de amor y sexualidad. Luego, la rueda de la vida giró y giró. . .

## ***El reloj de esfera celeste***

Era un domingo al mediodía y la casa la habían vestido de fiesta para celebrar una fecha familiar. La enorme nube negra, que empalidecía todos los colores, se corrió para dar paso al tibio sol de agosto, que desde el ventanal se derramó lentamente por el comedor. Mi abuelo, de traje oscuro, impecable, y mi abuela, que lo miraba con sus intensos ojos negros azabache, quedaron por unos instantes iluminados. Sonreían radiantes.

Él tenía la mirada profunda y melancólica. Tan firme era su paso y elegante su figura que parecía uno de esos actores maduros norteamericanos, un personaje salido de la pantalla del cine Rívoli. Lo observaba desde mis tiernos seis años, quedándome con el cuello duro de tanto aguzar la vista: quería desentrañar esa marca diluida, esa especie de medialuna delineada tenue y enigmática en su amplia frente. ¿Un golpe, un accidente, una caída, una pedrada?; ¿quizás un estigma o una señal divina? Esa huella del pasado que yo quería dilucidar y sobre la que jamás me atreví a preguntarle.

Muchas veces escuché: “Es un esclavo de su trabajo . . .”; “Y bueno . . . si queremos estar bien hay que sacrificarse”. Y él siempre sentenciaba: “Cuando me jubile tendré todo el tiempo . . .”. Esta frase la repetía cada vez que intentaba explicar sus llegadas tarde a las cenas o su ausencia en algunos cumpleaños o festividades religiosas.

Pero nada me importaba en aquel momento; allí estaba él, junto a mi abuela. Esa vez sólo tuvimos que esperar un rato, nada más. Y acurrucado, desde mi asiento, ese mediodía no le saqué la vista de encima. Su sobriedad era quebrada por un melodioso y jocoso tono de voz articulando algún dicho memorable o el refrán exacto para el momento justo de la conversación. Algo nuevo me llamó la atención: descubrí en su muñeca izquierda un moderno reloj de esfera celeste que me fascinó.



Reloj de la familia Szwarczer (Archivo Carlos Szwarczer)

Esforcé la vista intentando descubrir qué era ese diminuto elemento que giraba y giraba oficiando de segundero. Mi concentración fue tal que mi abuelo se interesó en saber qué le pasaba a su nieto mudo, *patitieso* y con cara de *bodoque* extasiado.

—¿Qué miras?, preguntó—. Ah... ven aquí... El reloj, ¿no es cierto? —agregó con voz firme, y una sonrisa que irradiaba satisfacción.

Me sentó sobre sus rodillas y le revelé lo que había despertado mi curiosidad:

—El color, ese celeste, casi azul... Raro, abuelo... Y el segundero. —Ya de cerca observé que el mecanismo amarillo nacarado que rotaba rítmicamente era una especie de ave con las alas extendidas.

En ese momento previo al almuerzo, en medio de ruidos de platos y copas que se apoyaban sobre la mesa, me contó que el reloj se lo había comprado a un marinero griego que llegó al café “con un bogo de chucherías y cigarrillos importados” y que le gustó por los números grandes que marcaban las horas, porque los veía bien, y sobre todo el segundero. Llegaron los platos humeantes y me dijo: “Ve a tu silla”, prometiéndome que después de comer me seguiría contando.

Apenas terminamos de almorzar sembraron la mesa con platos dulces y mermelada de arrope. Completaba el ritual el *café a la turca*, pero mi abuelo corrió la silla, se hizo del pocillo, y tomándome de la mano me llevó al living. Se dejó caer muy lentamente sobre el mullido sillón de pana ocre y fue entornando los ojos. Quedamos en silencio y, cuando dio el primer sorbo de café, una breve ráfaga de viento fresco, que irrumpió inesperadamente desde la puerta entreabierta del patio, le hizo exclamar: “*Oj oj oj...*”<sup>93</sup>. Siempre que se encontraba a gusto, feliz, lanzaba esa expresión que a mí, inevitablemente, me hacía reír, y me devolvió una serena sonrisa, mientras me fui sentando en el apoyabrazos del sofá, expectante por lo que me iba a contar.

—Te diré algo —dijo, con gesto severo—. Mira el ave que gira y gira aquí y que te hizo *pedrer la kalma* —marcó con su dedo el reloj reluciente—. ¿Sabés por qué se lo compré al *grego*? Porque su color me hizo *akodrar*, bah... me vino a la cabeza, el mar de mi casa, en Izmir. ¿*Entendes, bojor*? Esmirna, mi pueblo, y estas *estreas*, parecen las mismas del aquel cielo. Pero lo que más me *embelekó* fue este lindo *pásharo* que da vueltas y vueltas, igual que *aqueas* aves que veía volar *basbo* y después llegar a las nubes. Pero un día —extendió su brazo hacia el techo y abrió su mano separando bien los dedos— el cielo se hizo negro, negro de toda negrura, y los

*pásbaros* azafranados se fueron todos *sbuntos*, *fuyeron* de a cientos. Ruido, *muncho* ruido. Fuego y humo. Mi *kirida* madre me *disbo* en esos días negros: “*Vate* de aquí, lejos, como *aqueas* aves. *Vate* de aquí... a otras tierras a otros cielos”. Y me fui...

Se quedó mudo, mirando fijamente el reloj, frotaba el vidrio suavemente con su dedo índice. Levantó la cabeza, humedeció sus labios con lo que quedaba del café y me dijo:

—A ti también te gusta el reloj, *ivedrá*? Mira... lo *guadraré* para ti. Dicen lumbreras que es de sabios *desbar lo que mos gusta a ken más keremos*. Te lo *desbaré* para ti, para cuando seas hombre, para cuando celebremos tu *Bar Mitzvá* —me aseguró con cara seria y ceño fruncido, como quien estaba diciendo algo muy delicado e importante.

En esos momentos no entendí del todo la profundidad de sus palabras; sin embargo, me sentía feliz porque me hablaba sólo a mí, de él, de su ciudad, de mi bisabuela, de su nuevo reloj. Nunca más mencionamos el tema, aunque, de tanto en tanto, cuando él usaba ese reloj, levantaba la muñeca izquierda, y me guiñaba el ojo. Lamentablemente, unos meses antes de mi *Bar Mitzvá*, falleció. Y pensar que tanto repetía: “¡Cuando me jubile tendré todo el tiempo...!”; al final no alcanzó a jubilarse. ¿Dónde habrá ido a para su reloj? Nadie supo jamás lo que me había contado.

No recuerdo cómo llegó a mí el reloj despertador a cuerda que hace años descansa sobre mi cómoda y que —aunque está descompuesto— conservo como una reliquia. ¿Lo compré o me lo regalaron? ¡Ah, esas trampas de la memoria! Tiene una esfera de un celeste intenso, salpicada de estrellas blancas, y un segundero amarillo que en el pasado giraba y giraba acompasadamente. Seguramente que su parecido al reloj pulsera de mi abuelo no es casual. Si bien su vidrio está roto y su mecanismo oxidado, es mágico: ha logrado, de alguna forma, detener el tiempo, su imagen me lleva a otras imágenes, sus horas a otras horas. Como en un juego travieso y sutil, mi mente se ubica en otra dimensión, se conecta a través de ese reloj con la niñez de mi abuelo, con su origen, y con mi propia niñez. Entonces, aquella charla secreta plena de una hermosa complicidad vuelve a mí y, en algunas ocasiones, cuando miro fijo mi viejo reloj despertador de esfera celeste, milagrosamente su segundero comienza a girar, nuevamente, el pájaro amarillo vuela bajo otra vez por Izmir, se eleva hasta las nubes y regresa a mi Buenos Aires, para recordarme uno de los tantos lugares de donde vengo.

93 Expresión que significa satisfacción por un clima agradable o el disfrute de un aire puro y refrescante.



Cine Villa Crespo, 1930. AGN.

## Glosario

### - A -

A KE NAJAMÚ VA A VINIR. ¿Cuándo vendrá? Tarde o nunca (del djudezmo).

ACEVEDO. Calle del barrio de Villa Crespo, ciudad de Buenos Aires.

ADIÓ, ADIÓ KUALO ES ESTO. ¿Qué es esto? (del djudezmo), expresión de desagrado o sorpresa.

AJARVAR. Dañar, lastimar (del djudezmo).

AJUERA. Afuera (modismo criollo).

AKODRAR. Acordar (del djudezmo).

AMÁN. Pedido de paz (del árabe).

AMIA. Sigla de Asociación Mutual Israelita Argentina.

ANSÍ. Así. (modismo criollo).

AQUEAS. Aquellas (del djudezmo).

ARROYO MALDONADO. Arroyo que cruza la ciudad de Buenos Aires. A principios de la década de los años '30 no estaba entubado.

ASHKENAZÍES Judíos originarios de Europa Central y del Este y cuya habla era el idish.

La palabra "Ashkenaz" se encuentra en la Biblia y alude a Alemania.

ATORRANTE. Palabra que se utiliza en países de América del Sur para calificar a una persona que es holgazana, perezosa y poco trabajadora.

### - B -

BACHA. Fregadero, lavabo.

BASHO. Bajo (del djudezmo).

BALERO. Juego que consiste en insertar un palillo en el único agujero de una bola de madera.

BAMBINO. Niño (del italiano).

BAR MITZVÁ. Ceremonia religiosa en la que el joven a los trece años asume los

derechos y obligaciones, la madurez religiosa y legal (del hebreo). Fiesta familiar.  
BARRA. En Argentina, modismo para referirse a una reunión de personas, en este caso unidos por la amistad.

BERAJÁ I SALÚ. Bendición para las comidas. (berajá, del hebreo/salú, del djudezmo).

BOBE. Abuela (del idish).

BOGO. Atado, fardo.

BOIO. Comida. Especie de empanada redonda de hojaldre, rellena indistintamente de verdura, queso, berenjena, etc.

BOJOR. Es tradicional en el mundo sefaradí llamar Bojor al hijo mayor.

BONORA. En buena hora. Con buena suerte (del djudezmo).

BORSH. Comida típica de los judíos de Europa Central y del Este. Sopa a base de remolachas, a veces con agregado de pimienta y carne.

BOSTERO. Palabra con la que en Argentina se alude al hincha del club de fútbol Boca Juniors.

BUENOS AIRES. Ciudad capital de la República Argentina.

#### - C -

CAFÉ IZMIR. Café de la ciudad de Buenos Aires. Nombrado "Bar Notable de la Ciudad". Hito histórico sefaradí y paradigma de la diversidad cultural: aunque principalmente sus habitués fueron sefaradíes, el ámbito fue frecuentado por otros inmigrantes (armenios, griegos, musulmanes, etc.) y sus hijos. Abrió sus puertas en los años '30 y fue demolido en 2004.

CANA. Policía (del lunfardo).

CANNING. Importante avenida del barrio de Villa Crespo. Se le asignó ese nombre en 1893 en tributo a George Canning, secretario de Relaciones Exteriores del Reino Unido. Desde 1974 tuvo cambio de nombres. En 1984 pasó a llamarse Av. Raúl Scalabrini Ortiz.

CASORIO. Casamiento (del lunfardo).

CERTO. Cierto (del italiano).

CHAMUYO. Palabrería que tiene el propósito de impresionar o convencer (del lunfardo).

CHANGA. Trabajo ocasional, temporario (término coloquial utilizado en algunos países de América del Sur).

CHANGARÍN. Mozo de cordel.

CHANGOS. Carritos utilizados para acarrear las compras.

CHANTA. Apócope de Chantapufi. Deriva del genovés ciantapuffi: que no paga sus deudas. Se dice también del fanfarrón, persona a la que le gusta hacer alarde de los conocimientos o de las relaciones que en realidad no posee, o jactarse de lo que no

es. CHARPEADO. Que funciona mal. Descompuesto. Loco. Término de uso común en los sefaradíes.

CHASCO. Burla. Engaño.

CHATAS. Vehículos para transporte de mercaderías.

CHIFTETELLIS Y KALAMANTIANOS. Músicas rítmicas, turca y griega, frecuentes en el Imperio Otomano.

CHIKEZ. Niñez, infancia (del djudezmo).

CHUECO. Persona que tiene las piernas combadas o las puntas de los pies torcidas hacia dentro (palabra de uso en algunos países latinoamericanos).

CINE RÍVOLI. Cine del barrio de Villa Crespo, cercano al sector judeo-español.

CORRIENTES. Importante avenida de la ciudad de Buenos Aires. Un tramo de esta arteria cruza el centro geográfico del barrio de Villa Crespo.

CUENTNIK. Vendedor ambulante que da crédito. Vende en cuotas. Trabajo frecuente de los judíos en el siglo XX.

CUERVO. Uno de los términos con los que se conoce al hincha del club de fútbol San Lorenzo de Almagro.

CUTURADAS. En mucha cantidad (del djudezmo).

#### - D -

DALE UN SHUSTO... ¡NO LO AJARVES. ¡Asústalo, no lo dañes! (del djudezmo).

DANKAVÉ. Individuo que atonta con sus palabras o por la repetición de las mismas (del djudezmo).

DESHA ESA CARA DE SIMBIL. Deja de poner esa cara de trasero (del djudezmo).

DISHO. Dijo (del djudezmo).

DJIDIÓ. Judío. Sefaradí (del djudezmo).

DJUDEZMO. Habla de los sefaradíes, denominada indistintamente ladino, judeoespañol, castellano antiguo, espanyol, españolit. Idioma de los judeo-españoles del siglo XV y que sus descendientes mantuvieron, con ligeras variantes, según la región, en cada aldea o ciudad en la que se afincaron luego de la expulsión.

DYUDÍA. Judía (del djudezmo).

#### - E -

EL CICLÓN. Uno de los apodos por los que se conoce al club de fútbol San Lorenzo de Almagro.

EL DIÓ ES TADROZO MA NO OLVIDAZO. Dios puede llegar tarde pero nunca olvida (dicho en djudezmo).

EL DIÓ KE NO MOS TRAIGA. Que dios no nos traiga eso (dicho en djudezmo que pretende alejar malos presagios).



EL DIÓ MANDA HELADA ASIGÚN LA MUNTANYA. Dicho en djudezmo que revela un Dios que envía pruebas y pesares a la medida de quienes están preparados para recibirlos y sacar sabiduría de las mismas.

EL GÜERCO ME IERVARA A MÍ. En una situación difícil, me lleva el Diablo (dicho en djudezmo).

EMBELEKADO. Cautivado, extasiado, maravillado, hechizado (del djudezmo).

EN BONORA. En buena hora (del djudezmo). Deseo de buena suerte (del djudezmo).

EN QUE JAL VINIMOS. ¡A qué situación llegamos! (del djudezmo).

ENFAZIAR. Enfadar, aburrir, cansar (del djudezmo).

ESMIRLÍ. Natural de Esmirna (Izmir, Turquía).

ESMIRNA. Ciudad de Turquía con importante presencia judeoespañola.

ESTO KERE EL DIO. ¿Esto quiere dios? (dicho en djudezmo ante una situación desconcertante).

#### - F -

FAMIYA. Familia (del djudezmo).

FASO. Sinónimo de cigarrillo.

FUYERON. Huyeron (del djudezmo).

#### - G -

GALLEGO. Palabra que en Argentina se le asignó popularmente a los inmigrantes españoles.

GAMEO. Camello. Se dice del torpe que hace cosas de chicos, o del ignorante (del djudezmo).

GARÓN DE KAMPANA. Que habla alto o grita, como campana que suena fuerte (del djudezmo).

GENERAL ALVEAR. Ciudad de la provincia de Mendoza (Argentina).

GREGO. Griego (del djudezmo).

GUADRAR. Guardar (del djudezmo).

GUITA. Dinero (del lunfardo).

GULLIVER. Personaje gigante de “Los Viajes de Gulliver”, obra escrita por Jonathan Swift.

GURRUCHAGA. Calle del barrio de Villa Crespo. Ciudad de Buenos Aires. Arteria que enriqueció la diversidad propia de la gran urbe.

#### - H -

HIYICOS. Hijitos (del djudezmo).

HIYOS CRIAR FIERRO MASHCAR. Criar hijos es tan difícil como mascar hierro (del djudezmo).

#### - I -

IDISH. Habla de los judíos originarios de Europa Central y del Este. El ídish es un idioma que “se remonta al siglo XI y arraiga en el Mittel-Hocht Deutsch (alto alemán medio), el hebreo, el arameo, un dialecto llamado La’az, las lenguas románicas y las eslavas. . . Surge en la zona de Alsacia-Lorena. . . atravesado por cerca de mil voces de raíz latina. . . , fusionándose todos estos componentes en una lengua escrita con caracteres hebreos. Con la traslación de los judíos —empujados por las Cruzadas y otras persecuciones- hacia el Este, esa lengua primigenia se encuentra con las eslavas (polaco, ruso, checo, ucraniano) . . . para terminar afianzándose en lo que será su ámbito más propicio, la Europa Oriental, donde florecerá como ídish moderno en todo su irónico y popular esplendor”. (De la introducción de “Buenos Aires Ídish” (Compilación Perla Sneh). Buenos Aires: Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2006).

ÍNGALE. Niño, nene, joven, pibe muchacho, muchachito (del idish).

INQUILINATO. Tipo de vivienda en la que generalmente vivieron muchos inmigrantes y habitantes de las clases populares. Predio amplio y antiguo, cuyas habitaciones se alquilaban a varias familias. Conventillo. Casa de vecindad.

ISTAMBULÍ. Judío sefaradí nacido en Istanbul (Estambul).

IZMIR. Nombre turco de Esmirna, ciudad de Anatolia y una de las más importantes de Turquía. Llegó a albergar una importante población de origen judío, principalmente sefaradí.

IZMIRLÍ. Oriundo de Izmir.

#### - J -

JULEPE. Susto o impresión repentina de miedo o pavor (del coloquial en América del Sur).

#### - K -

KADISH. Rezo a Dios (del hebreo). En la tradición judeo-española, cuando acontece la muerte de un familiar, es una oración a modo de plegaria que también es leída durante el Midrash.

KAFRAR. Mujer que protesta enojada (del djudezmo).

KALMA. Calma (del djudezmo).

KARATASH. Barrio judío de Esmirna.

KE DIÓ MOS GUADRE. ¡Que Dios nos ayude, nos guarde! (dicho en djudezmo).

KE EL DIÓ TE AVILUMBRE. ¡Que Dios te alumbré, te ilumine! (dicho en djudezmo).

KE LE HIZITES. ¿Qué le hiciste? (del djudezmo).

KE ORA NEGRA Y PRETA. ¡Qué hora negra y oscura! (del djudezmo). Mal momento. Tiempo cargado de negatividad.  
KE VINITES A BUSHKAR. ¿Qué viniste a buscar? (del djudezmo).  
KIPÁ. (del hebreo). Pequeño sombrero. Se utiliza para cubrir la cabeza de los hombres durante las ceremonias en el templo.  
KIRIDA. Querida (del djudezmo).  
KOLAI LIVIANO KE SE TE HAGA. (del djudezmo). Que sea fácil el comienzo de una acción.

**- L -**

LAVACOPA. Bacheró: fregaplatos, lavavajillas.  
LECHERA. Recipiente para guardar o servir leche u otros líquidos o alimentos.  
LEJAIM. (del hebreo). Brindis por la vida, la salud.  
LUNFARDO. Jerga que originariamente empleaba, en la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores, la gente de mal vivir. Parte de sus vocablos y locuciones se difundieron posteriormente en las demás clases sociales y en el resto del país.

**- M -**

MALA ESTREA. Mala estrea. Mala suerte, poca fortuna (del djudezmo).  
MANCHA- ESCONDIDA. Juegos de niños.  
MANGO. Dinero (del lunfardo).  
MANSHAR. Comer (del italiano).  
MANZEBIKO. Muchacho. Joven. Púber (del djudezmo).  
MAR DEL PLATA. Ciudad turística costera de la provincia de Buenos Aires (Argentina).  
MARTÍN FIERRO. Libro tradicional argentino escrito por José Hernández en el siglo XIX. Obra que en versos describe las vicisitudes del gaucho argentino. MASALBASHO. Mal hombre, de baja estofa (del djudezmo).  
MASCALZONE. Insulto en italiano.  
MAZAL. Suerte (del djudezmo).  
MENDOZA. Provincia de la República Argentina.  
MEOIO QUE TE MANDE EL DIO. Inteligencia, cerebro te envíe Dios (del djudezmo).  
MIDRASH. Ceremonia realizada en el aniversario del fallecimiento de un pariente.  
MISHIGUENE. Loco (del Idish). Se dice de la persona que hacen cosas alocadas, fuera de lugar, atípicas o desubicadas.  
MONTGOMERY. Prenda de abrigo que se cierra con botones de forma alargada que se sujetan con alamares.  
MORFAR. Comer (del lunfardo).  
MULUPITAS. También molupitas. Masitas dulces típicas de la gastronomía sefaradí.

MUNCHO. Mucho (del djudezmo).  
MURILLO. Calle del barrio de Villa Crespo, ciudad de Buenos Aires.  
MUSHO. (del djudezmo). Labios, boca. Expresión para definir una mala cara, enojada o seria.  
MUYER. Mujer (del djudezmo).

**- N -**

NANI, NANI, NANI... NANI KERE IL HIYO. Comienzo de una canción de cuna.  
NOCHADA BUENA. Dicho sefaradí para expresar el deseo de una buena noche, un buen dormir.

**- O -**

OJ OJ OJ. Expresión que para muchos sefaradíes significa la satisfacción por la vivencia de un buen momento, o por un clima agradable. El disfrute de un aire puro y refrescante.

**- P -**

PADILLA. Calle del barrio de Villa Crespo, ciudad de Buenos Aires.  
PÁSHARO. Pájaro, ave (del djudezmo).  
PATRÓN DEL MUNDO. Modo profano de referirse a dios.  
PEDRER. Perder (del djudezmo).  
PESAJ. Festividad judía que recuerda la liberación del pueblo hebreo tras su larga esclavitud en Egipto. Es característica su evocación con el encuentro familiar en una importante cena.  
PETER PAN. Famoso personaje de un cuento infantil; originalmente creado por el escritor escocés James Matthew Barrie para una obra de teatro. Peter Pan es un niño que nunca crece.  
PILCHA. Ropa (del lunfardo).  
PITAR. Fumar (del lunfardo).  
PLANTIKA. Planta, flor (del djudezmo).  
PRETO CANDIL. Candil oscuro. (del djudezmo). Expresión para referirse a un borracho.  
PUCHO. Del lunfardo. Palabra que define al cigarrillo entero, a medio fumar, o fumado casi hasta la colilla.

**- Q -**

QUÉ LO PARIÓ. Frase para manifestar sorpresa, enojo.

**- R -**

RAGAZZO. Niño, chiquillo (del italiano).

RAKÍ. Licor anisado, típico de Turquía y bebido en pueblos cercanos al mar Mediterráneo.

RECORDANZA Y TRISTURA. Recuerdo, tristeza (del astur).

ROITER. Colorado, rojo. En este caso “pelirrojo” (del idish).

ROSH HASHANÁ. Festividad del año nuevo judío.

**- S -**

SACARSE LOS OYOS. Pelearse (del djudezmo).

SACÁNDOLES EL CUERO. Modismo que significa “despellejar”; hablar mal o denigrar a otra persona que no está presente. Criticar.

SACAR DE LA GALERA. Dicho que expresa sorprender a otros con algo que no se esperaba.

SAN RAFAEL. Ciudad de la provincia de Mendoza (Argentina).

SANDOKÁN. Protagonista de una serie de libros de aventuras escritos por el autor italiano Emilio Salgari.

SEFARAD. Nombre hebreo de España.

SEFARADÍES. Judíos que descienden de aquellos que habitaban en la Península Ibérica hasta su expulsión a fines del siglo XV, y que se ubicaron en el Mediterráneo occidental. Su habla es el judeo-español. Por extensión también se denominan sefardíes a las comunidades judías orientales herederas de similares contenidos culturales aunque con frecuencia su lengua es el árabe.

SHAMAR. Cachetazo, golpe (del djudezmo).

SHLEPPER. Vagabundo, harapiento, mal vestido (del idish).

SHUNTOS. Juntos (del djudezmo).

SIETE CANDELAS. La ceremonia conocida entre los sefardíes como “Siete Candelas” se celebra unos días después del nacimiento de una niña, o cuando ella cumple un año. Como parte del ritual se prenden siete velas.

SIRVIENTA. Expresión frecuente para referirse en el siglo XX a las empleadas domésticas, mucamas o criadas.

**- T -**

TALLERES MÁSPERO. Metalúrgica importante ubicada en el barrio de Villa Crespo, Buenos Aires.

TANDUR. Braserero (del djudezmo, palabra de origen turco).

TANO. Palabra utilizada en Argentina para referirse al italiano. El término proviene del apócope de napolitano.

TRABADOS. Masita dulce similar a una diminuta empanada rellena de nueces trituradas, miel y canela.

TURKIYA. Turquía.

**- V -**

VATE. Ándate, márchate (del djudezmo).

VEDRÁ. Verdad (del djudezmo).

VILLA CRESPO. Barrio de la ciudad de Buenos Aires.

**- Y -**

YUDRÍA. Judería.

## Acerca de **Carlos Szwarczer**



Es historiador, periodista y escritor argentino. Autor de los libros *“Teatro Maipo. 100 años de historias entre bambalinas”*, *“Buenos Aires Sefaradi”* (compilador), *“El Tortoní y el Izmir, un nexo para la historia”* (cuaderno del Tortoní N° 9) y numerosos artículos, ensayos y narrativa publicados en prestigiosos medios nacionales y del exterior. Parte de este material fue traducido al djudezmo, inglés y francés. Participó como coordinador en diversos emprendimientos organizados por el Ministerio de Cultura de la Ciudad de Buenos Aires: “Patrimonio de los Barrios”, “Los Barrios Porteños... Abren sus Puertas”, Jornadas dedicadas a las colectividades porteñas, entre otras actividades.

*Más información en:*

<https://cronocultural.blogspot.com/p/perfil-carlos-szwarczer.html>

<http://es.gravatar.com/estampasdebsas>

*E-mail:* [cstempo2001@yahoo.com.ar](mailto:cstempo2001@yahoo.com.ar)

Colección Cuentos y relatos

**BUENOS AIRES HISTORIA****Desde el umbral del tiempo**

© Carlos Szwarczer

*Imagen de tapa:*

Archivo Carlos Szwarczer

*Corrección:*

Nicolás Scheines

*Diseño:*

Francisca Rey Cané

Pablo José Rey

*Fotografías:*

Archivo General de la Nación

Archivo y fotos de Carlos Szwarczer

Archivo Fundación Abril

Archivo Fraga

Szwarczer, Carlos

Desde el umbral del tiempo / Carlos Szwarczer. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Asociación Civil Rumbo Sur, 2024.

Libro digital, PDF - (Buenos Aires Historia : cuentos y relatos / Pablo José Rey ; 1)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4474-56-8

1. Historia de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. 2. Inmigración. I. Título. CDD A863

Esta publicación es gratuita  
y no tiene fin de lucro.  
Agradecemos su divulgación.  
Para otros usos rogamos  
contactarse con el autor.

Historias, artículos y fotos de tu barrio en  
**BuenosAiresHistoria.org**

*Publicaciones de libre descarga*